

La Iglesia en El Mercado II

**EMPRENDEDORES
DE REINO**



OSVALDO REBOLLEDA

La Iglesia en El Mercado II

EMPRENDEDORES DE REINO



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

Contenido

Introducción.....	5
PARTE I: Identidad:	
Hijos que gobiernan	12
Capítulo uno:	
Dios es el primer emprendedor.....	13
Capítulo dos:	
Imagen, dominio y mayordomía.....	25
Capítulo tres:	
Mentalidad de Reino Vs. Mentalidad de sistema.....	35
PARTE II: Fe aplicada:	
Crear, crear y avanzar.....	44
Capítulo cuatro:	
Fe que produce ideas no solo oraciones.....	45
Capítulo cinco:	
Creatividad redimida y propósito eterno.....	54
Capítulo seis:	
Sabiduría, estrategia y diligencia.....	63

PARTE III: Manifestación:	
El Reino en el mercado.....	72
Capítulo siete:	
El trabajo como altar y testimonio.....	73
Capítulo ocho:	
Prosperar sin idolatrar.....	81
Capítulo nueve:	
Emprender en tiempos difíciles.....	89
PARTE IV: Sabiduría de Reino	
Advertencias necesarias.....	97
Capítulo diez:	
Cuando el emprendimiento reemplaza al Reino.....	98
Capítulo once:	
El engaño del éxito sin obediencia.....	105
Capítulo doce:	
Emprendedores de Reino hasta la venida del Rey.....	113
Epílogo	121
Reconocimientos.....	124
Sobre el autor.....	126

Introducción

“Recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.”

Hechos 1:8

Este libro es la segunda entrega de “La Iglesia en el mercado”. El desafío continúa y hay mucho por decir. Ser testigos como hijos de Dios y embajadores del Reino, hasta lo último de la tierra es nuestra misión y nuestro propósito de vida, la forma en la que lo hagamos y los ámbitos de nuestra expresión son lo que producirá o no resultados efectivos.

La propuesta de una reforma espiritual para estos tiempos, nada tiene que ver con un cambio de fundamentos, sino con una manera diferente de comprender la intocable esencia de la Iglesia, y su desarrollo en una sociedad que emerge más allá del posmodernismo, ya dando los primeros pasos en un pragmático y desafiante metamodernismo.

Vivimos tiempos de cambios tecnológicos y sociales, que son verdaderamente vertiginosos y constantes. Sinceramente, todo es muy apabullante. Lo que hoy es nuevo, pasada la media noche, ya puede ser algo del pasado. Durante miles de años, la humanidad se mantuvo en un lento y constante avance, pero en las últimas décadas, pasamos de tracción a sangre, a naves espaciales.

Estos cambios no son inocentes. La diferente asimilación y la globalización, han producido un shock en la sociedad y las familias. La incertidumbre, el desorden y la apertura imprudente, también ha permeado la Iglesia de este tiempo. Desde el primer libro, he procurado impulsar la idea de que la Iglesia no fue creada para manifestarse al margen del mercado, sino dentro de él.

Si la Iglesia hubiera sido diseñada para recibir algunas personas y contenerlas, apartándolas del mundo, solo deberíamos extremar los cuidados y ejercer un estricto control de admisión y exigencias. Pero como la Iglesia es un diseño para funcionar en el mundo, viviendo bajo el gobierno de Dios, es necesario que tengamos muy en claro nuestro proceder. Cosa que no está ocurriendo con efectividad.

En realidad, cambiar por cambiar no es la meta. Cualquiera puede cambiar y eso no significa que sus cambios sean para bien. La idea de asimilar un cambio de paradigmas, es la de realizar los cambios que Dios ha establecido desde el principio, y no cambiar para sentirnos más cómodos o más efectivos. Esta reforma tiene muchos matices y en estos libros sobre la Iglesia en el mercado, no pretendo más que señalar un enfoque de avanzada sobre la expresión de los santos en la sociedad actual.

Los hijos de Dios, somos llamados a testificar sobre el Reino y hacer discípulos en las naciones. Eso no debería ser el resultado de invitaciones a nuestras reuniones de culto, sino que debería ser en todo tiempo y lugar. Encerrar la

iglesia en limitadas reuniones de domingo, no obedece al diseño completo de Dios. Debe quedarnos en claro, que congregarnos es necesario y vital, pero debemos hacerlo para ser efectivos en todos los ámbitos de la sociedad.

La Iglesia que se reúne, es la Iglesia que se expande son efectividad. Cuando carecemos de verdadera impartición, careceremos de verdadera autoridad. Por eso creo, que este libro, puede ser trascendente para los días actuales y los tiempos que se vienen.

Algunos solo pretenden la vida cristiana en los salones de reunión y otros, están diciendo que se puede vivir la vida cristiana sin congregarse. Yo deseo plantear, que ambos extremos están equivocados. Creo que debemos recuperar el equilibrio y congregarnos, siendo edificados y equipados bajo autoridad y en plena comunión con el cuerpo, a la vez, que penetramos el sistema de este mundo, dando testimonio y fruto espiritual.

Este libro, es el complemento necesario de la primera entrega, porque está más enfocado en la gestión de la Iglesia actual en la penetración del mercado. Durante demasiado tiempo, hemos respirado una espiritualidad fragmentada. Sin decirlo abiertamente, muchos creyentes han aprendido a dividir su vida en compartimentos: lo sagrado y lo secular, lo espiritual y lo laboral, el domingo y el lunes, el altar y el mercado. Esta división, aunque normalizada, no proviene del corazón de Dios ni del diseño original del Reino. Es una herencia cultural y religiosa que ha debilitado el testimonio

de la Iglesia en la sociedad y ha reducido el alcance práctico del Evangelio.

El Reino de Dios nunca fue concebido para habitar únicamente en el templo. Desde el principio, Dios pensó la vida como una unidad indivisible, donde su presencia, su autoridad y su propósito impregnaran cada dimensión de la existencia humana. Cuando la Escritura declara que ***“de Jehová es la tierra y su plenitud, el mundo y los que en él habitan”*** (Salmo 24:1), no establece una verdad poética, sino una afirmación de gobierno. Todo le pertenece, todo está bajo su soberanía, y todo es territorio legítimo para la manifestación de su Reino.

Sin embargo, a lo largo de la historia, la fe fue reducida a prácticas devocionales desconectadas de la vida cotidiana. Se exaltó la oración, pero se sospechó del trabajo. Se honró el ayuno, pero se miró con recelo la prosperidad. Se habló del cielo, pero se descuidó la responsabilidad en la tierra. Esta falsa dicotomía generó generaciones de creyentes sinceros, pero inseguros; espirituales, pero poco influyentes; piadosos en el culto, pero ausentes en la construcción de la sociedad.

El Evangelio no nos llama a huir del mundo, sino a vivir en él con una identidad distinta. Jesús fue claro cuando oró al Padre diciendo: ***“No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal”*** (Juan 17:15). Permanecer en el mundo no significa pertenecer a su sistema, pero tampoco implica retirarse de sus estructuras. Significa vivir dentro de

ellas con otra lógica, con otra fuente, bajo el gobierno del Señor.

Cristo no es Señor solo del culto, es Señor de la vida. No reina únicamente en el templo, sino también en la oficina, en el taller, en la empresa, en el aula, en el comercio, en el campo, en la creatividad y en la toma de decisiones diarias. Declarar que “Jesucristo es Señor” no es una confesión litúrgica; es una declaración totalizante que abarca la economía, el trabajo, la planificación, el liderazgo y la producción.

El mercado, lejos de ser un espacio neutral o ajeno a la fe, es uno de los campos de misión y gobierno más estratégicos de nuestra época. Allí se forman valores, se modelan conductas, se definen prioridades y se impactan generaciones. Allí se toman decisiones que afectan a familias enteras, comunidades y naciones. Pretender que la Iglesia permanezca al margen del mercado es renunciar voluntariamente a una esfera clave de influencia.

Dios nunca tuvo problemas con el trabajo, con la producción ni con la creación de recursos. Antes de que existiera el pecado, ya existía el mandato de labrar, guardar, administrar y desarrollar (**Génesis 2:15**). El trabajo no nació como castigo; fue parte del diseño original. El problema no es el trabajo, sino el corazón desde el cual se trabaja. No es la prosperidad lo que corrompe, sino la idolatría. No es el dinero el enemigo, sino el amor desordenado a él.

Por eso, la Iglesia está llamada a orar... pero también a crear. A adorar... pero también a producir. A interceder... pero también a emprender. No como un fin en sí mismo, sino como una expresión visible del Reino de Dios en la tierra. Una Iglesia que ora sin crear corre el riesgo de espiritualizar su pasividad. Una Iglesia que crea sin orar termina idolatrando sus resultados.

El mercado no es un obstáculo para la vida espiritual, sino un escenario donde la fe se prueba, se purifica y se manifiesta. Es allí donde la ética cristiana deja de ser discurso y se convierte en práctica. Es allí donde la integridad se vuelve visible, donde el carácter se expone, donde la coherencia entre lo que se cree y lo que se hace queda al descubierto.

Los hijos de Dios no fuimos llamados a vivir desde el miedo al sistema, ni desde la dependencia del sistema, sino desde el gobierno del Reino. Esto implica discernimiento, sabiduría y una mente renovada. Implica comprender que nuestra provisión no depende del mercado, pero muchas veces Dios utiliza el mercado como instrumento. Implica trabajar con excelencia sin rendir culto al éxito, planificar sin perder la esperanza eterna, crecer sin perder la comunión, prosperar sin perder el temor de Dios.

Este libro nace con la convicción de que la Iglesia necesita recuperar una visión integral del Reino. No para imitar al mundo, ni para competir con él, sino para manifestar un modelo distinto. Un modelo donde la fe no se esconde,

donde la prosperidad tiene propósito, donde el liderazgo sirve, donde el éxito no desplaza la obediencia y donde Cristo permanece en el centro de todo.

Emprender en el Reino no es solo iniciar proyectos; es asumir responsabilidad espiritual sobre los recursos, las ideas y las oportunidades que Dios confía. Es comprender que todo lo que administramos es temporal, pero que nuestras decisiones tienen consecuencias eternas. Es vivir con la mirada puesta en la venida del Señor, sin caer en una espiritualidad evasiva que descuida el presente.

Este libro no busca glorificar el emprendimiento, sino redimirlo. No pretende exaltar el éxito, sino someterlo a Cristo. No intenta formar empresarios religiosos, sino hijos de Dios maduros, conscientes de su llamado, firmes en su fe y activos en la sociedad.

“Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres-”

Colosenses 3:23



PARTE I
IDENTIDAD:
HIJOS QUE GOBIERNAN

Capítulo uno

Dios es el primer Emprendedor

“En el principio creó Dios los cielos y la tierra.”

Génesis 1:1

Antes de que existiera el tiempo tal como lo conocemos, antes de que hubiera materia, forma o estructura, Dios ya era. Y no solo era: pensaba, diseñaba, proyectaba. La Biblia no comienza con una reflexión abstracta sobre la existencia divina, sino con una acción concreta de la creación de Dios. El primer retrato que la Escritura nos ofrece de Dios no es el de un sacerdote oficiando un rito ni el de un juez dictando sentencia, sino el de un Creador iniciando una obra. Dios comienza la historia revelándose como alguien que emprende.

Crear no fue un impulso improvisado ni un acto caótico. Fue el resultado de una voluntad definida, de un diseño intencional y de un propósito claro. Cada día de la creación muestra orden, secuencia, progresión y evaluación. Dios separa, nombra, organiza, establece límites y luego

observa lo que hizo. Repite una y otra vez una frase reveladora: ***“Y vio Dios que era bueno”***. No solo crea; evalúa la calidad de lo creado. Este detalle, muchas veces pasado por alto, nos muestra que en Dios existe un estándar, una búsqueda de excelencia y una satisfacción consciente por el trabajo bien hecho.

La creación revela a un Dios que piensa antes de actuar, que habla y produce, que inicia procesos y los lleva a término. No es un Dios reactivo, sino proactivo. No responde a una necesidad externa; crea porque quiere, porque puede y porque tiene un propósito. En este sentido, Dios es el primer emprendedor: inicia algo que antes no existía, invierte de sí mismo en ello y lo sostiene con su palabra.

El concepto de emprendimiento, entendido desde una perspectiva bíblica, no nace en la economía moderna ni en los sistemas de mercado contemporáneos. Nace en el corazón mismo de Dios. Emprender no es simplemente abrir un negocio; es dar forma visible a una idea concebida en lo invisible. Es transformar una visión en realidad. Es asumir responsabilidad sobre lo creado. Todo esto está presente en el relato de Génesis.

Cuando Dios crea al ser humano, no lo hace como un espectador pasivo de la creación, sino como un colaborador activo. ***“Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree...”*** Esta declaración es profundamente reveladora. Dios no solo crea al hombre; le transfiere una función. No lo pone en la tierra solo para

sobrevivir, sino para gobernar, administrar y desarrollar lo que Él había comenzado.

La imagen de Dios en el hombre no se limita a lo moral o espiritual; incluye la capacidad de crear, planificar, organizar y proyectar. El ser humano refleja a su Creador no solo cuando ora o adora, sino también cuando diseña, construye, cultiva, innova y administra. La creatividad no es un lujo humano; es un atributo divino impartido.

Por eso, el trabajo no aparece en la Biblia como consecuencia del pecado, sino como parte del diseño original. Antes de la caída, Adán ya tenía una asignación: labrar y guardar el huerto. Estas palabras implican acción, responsabilidad, cuidado, desarrollo y continuidad. Dios confía algo valioso al hombre y espera que lo administre. No lo crea para la ociosidad, sino para la productividad con sentido.

Este punto es crucial para desarmar una de las distorsiones más dañinas dentro de la Iglesia: la idea de que lo espiritual es lo opuesto a lo productivo. Bajo esta lógica errada, cuanto más espiritual alguien parece, menos involucrado debería estar en los asuntos prácticos de la vida. Pero esta visión no proviene de la Biblia, sino de una espiritualidad deformada que separa lo que Dios nunca separó.

Este llamado pertenece de manera particular a los ministros destinados a servir a Dios en dedicación plena. El

ministerio exige un corazón indiviso, y es natural que quienes hemos sido escogidos por el Señor para edificar a los santos seamos apartados del sistema, para que nuestra labor sea verdaderamente eficaz. El mercado no es el terreno de quienes hemos recibido los dones de ascensión; nuestra misión es impartir vida y dirección a los hijos de Dios, capacitándolos para obrar con fidelidad en todo tiempo y lugar.

Pablo instruyó a Timoteo a confiar lo recibido en hombres fieles y capaces de enseñar a otros, y lo exhortó a soportar las pruebas como buen soldado de Jesucristo, recordándole que ningún soldado se enreda en los negocios de la vida (**2 Timoteo 2:2 al 4**). Es evidente que esta exhortación no abarca a todos los creyentes, sino a aquellos que han sido llamados al servicio ministerial.

Por ello enseñó que todo pastor y ministro, en la medida de lo posible, debe procurar servir a Dios a tiempo completo, apartándose de ocupaciones que puedan disminuir su potencial. No afirmo que tener un trabajo adicional o un negocio sea pecado; sostengo, más bien, que Dios es poderoso para proveer abundantemente a sus siervos, y que si buscamos la excelencia para Él, debemos mantenernos con la mirada fija en nuestra misión, que es la capacitación de los santos.

Estoy convencido de que lo más saludable para toda congregación es contar con un pastor dedicado plenamente, pues son los ministros de Dios quienes instruyen, imparten

autoridad espiritual y ayudan a los santos a despertar sus dones y talentos. Somos nosotros quienes debemos enseñarles a depender del Espíritu Santo y a vivir bajo Su gobierno en todo momento. Reitero: los ministros no podemos dispersarnos en intereses ajenos a la obra divina, ni en negocios, ni en pasividad doméstica. Nuestra tarea es permanecer en comunión profunda con Dios y en la obra que Él nos ha confiado para el bien de Su pueblo

Dicho esto, debemos comprender que Dios no considera inferior la tierra frente al cielo para manifestar Su Reino. No desprecia los procesos, los tiempos ni los recursos. Al contrario, los diseña y los bendice. Y cuando crea al hombre, lo hace con la intención de que continúe lo que Él inició. El mandato cultural, fructificad, multiplicaos, llenad la tierra y sojuzgadla, es en esencia, un llamado a emprender en la tierra Su gobierno divino.

Emprender, entonces, no es una ambición carnal en sí misma. Puede convertirse en ella, pero no lo es por naturaleza. Es una expresión del diseño original cuando nace del corazón correcto y se somete al propósito de Dios. El problema no es crear; el problema es crear sin Dios. No es producir; es producir para uno mismo. No es prosperar; es prosperar olvidando la fuente.

La caída del hombre no anuló el diseño, pero lo distorsionó. El trabajo pasó de ser gozo a ser fatiga, de ser cooperación a ser lucha, de ser administración a ser supervivencia. Sin embargo, aun en medio de la maldición,

Dios no eliminó el llamado. El hombre siguió trabajando, creando, construyendo. La redención en Cristo no elimina el trabajo; lo redime. Le devuelve sentido, propósito y dirección.

Jesús mismo asumió esta lógica. Antes de iniciar su ministerio público, pasó años trabajando con sus manos. El Hijo de Dios no consideró indigno el oficio, ni ajena la vida laboral. Y cuando enseñó, lo hizo usando ejemplos del mercado, del campo, de la administración, de inversiones, de talentos, de siembra y cosecha. El lenguaje del Reino está profundamente conectado con la vida productiva.

Comprender que Dios es el primer emprendedor nos libera de dos extremos igualmente peligrosos. Por un lado, nos libera de idolatrar el emprendimiento como si fuera la fuente de identidad y seguridad. Por otro, nos libera de demonizarlo como si fuera incompatible con la espiritualidad. El equilibrio del Reino nos enseña que todo comienza en Dios, se desarrolla con Dios y vuelve a Dios.

Cuando la Iglesia pierde esta visión, forma creyentes fragmentados: apasionados en la adoración, pero inseguros en el mercado; fervientes en la oración, pero temerosos al tomar decisiones; llenos de fe para lo eterno, pero paralizados frente a lo práctico. Recuperar la verdad de que Dios es un Creador activo nos devuelve una fe integral, capaz de orar y actuar, de creer y construir.

Este segundo libro sobre la Iglesia en el mercado, parte de esta verdad fundamental: el emprendimiento no es un invento humano que Dios tolera, sino una expresión del carácter divino que Él desea redimir y gobernar. El llamado no es a copiar los modelos del mundo, sino a manifestar el diseño del Reino en cada proyecto, idea y responsabilidad que asumimos.

En la próxima parte profundizaremos en cómo esta verdad se traslada al ser humano como portador de la imagen de Dios, cómo el trabajo se conecta con la adoración, y cómo emprender se convierte en una forma de obediencia cuando nace del Espíritu y se rinde al Señorío de Cristo.

Si Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, entonces todo aquello que procede de Su naturaleza quedó, en alguna medida, impreso en la esencia humana. No como igualdad ontológica, sino como reflejo funcional. Entre esos atributos comunicables se encuentra la capacidad de imaginar, diseñar, crear y dar forma a lo que aún no existe. La creatividad no es un adorno del alma; es una huella del Creador en la criatura.

Cuando observamos el relato de la creación, descubrimos que Dios no actúa por repetición mecánica. Cada día introduce algo nuevo, distinto, específico. La luz no es igual al firmamento, el firmamento observa a otras leyes que la tierra, y la vida animal manifiesta una diversidad que desborda cualquier lógica minimalista. Dios no crea por obligación ni por economía de recursos; crea con abundancia,

con variedad y con belleza. La creatividad divina no busca simplemente funcionalidad, sino plenitud.

Este dato es crucial para comprender el llamado del hombre en la tierra. El ser humano no fue creado para reproducir lo mínimo necesario para subsistir, sino para desplegar el potencial que Dios colocó dentro de él. La mediocridad nunca fue parte del diseño original. El huerto no era un terreno salvaje para sobrevivir; era un espacio diseñado para ser cultivado, desarrollado y expandido bajo el cuidado del hombre.

Cuando Dios coloca a Adán en el huerto, no le entrega un sistema terminado, sino un proyecto vivo. El huerto debía ser trabajado, cuidado, protegido y, en algún punto, extendido. Esto implica que el hombre debía aprender, decidir, innovar y asumir responsabilidad. Empezar, en este contexto, no es acumular, sino administrar lo que Dios confía. No es poseer, sino responder ante el Dador.

Aquí se revela una verdad fundamental: el emprendimiento del Reino siempre nace de la mayordomía, no de la ambición. La ambición se origina en el deseo de apropiarse; la mayordomía surge del llamado a cuidar lo que no nos pertenece. Dios nunca le dijo a Adán que el huerto era suyo; le dijo que lo guardara. Esa distinción cambia por completo la manera en que entendemos el trabajo, la creatividad y el progreso.

La caída trastornó esta dinámica. El hombre dejó de verse como administrador y comenzó a verse como dueño. El trabajo dejó de ser una extensión de la comunión con Dios y se convirtió en un medio de supervivencia. El sudor reemplazó al gozo, la competencia sustituyó a la cooperación y el temor desplazó a la confianza. Sin embargo, aun en ese contexto, Dios no anuló la capacidad creativa del hombre. La distorsión no eliminó el diseño; lo contaminó.

Por eso, la redención en Cristo no apunta a anular la creatividad humana, sino a redimirla. El Evangelio no nos llama a dejar de crear, sino a crear desde otra fuente. No nos invita a abandonar los proyectos, sino a someterlos al Reino. No nos exige pasividad, sino alineación. En Cristo, el hombre no deja de trabajar; aprende a trabajar desde el descanso de la obediencia.

Jesús mismo revela esta verdad cuando declara: ***“Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (Juan 5:17)***. Esta afirmación es profundamente reveladora. Aun después de la creación, Dios sigue trabajando. Sostiene, ordena, gobierna, interviene. El trabajo no cesó en el séptimo día; cambió de naturaleza. El reposo de Dios no fue inactividad, sino gobierno sin esfuerzo. Desde ese reposo, el Padre sigue obrando, y el Hijo se une a esa obra.

Cuando Jesús llama a sus discípulos, no los invita a una vida desconectada de la realidad, sino a una vida con propósito eterno en medio de ella. Muchos de ellos eran trabajadores, emprendedores en pequeña escala, hombres

acostumbrados a gestionar recursos, redes, tiempos y responsabilidades. Jesús no desprecia esa experiencia; la redirecciona. Los forma para que comprendan que el Reino de Dios no anula sus habilidades, sino que las resignifica.

Esto nos lleva a una comprensión más profunda del emprendimiento como reflejo del carácter de Dios. Empezar no es simplemente iniciar algo nuevo; es responder a un llamado creativo con obediencia. Es discernir una necesidad, recibir una idea, evaluar un proceso y avanzar confiando en Dios. Es aceptar el riesgo no desde la imprudencia, sino desde la fe. Es trabajar con diligencia, pero sin ansiedad. Es planificar, pero sin idolatrar los resultados.

Cuando el emprendimiento se desconecta del carácter de Dios, se convierte en una fuente de opresión. Produce agotamiento, competencia desmedida, orgullo o frustración. Pero cuando nace del Espíritu, se convierte en un canal de bendición. Trae orden donde hay caos, provisión donde hay escasez, esperanza donde hay desesperanza. Se transforma en una herramienta del Reino.

Aquí la Iglesia necesita una profunda renovación de pensamiento. Durante años se ha enseñado, explícita o implícitamente, que el llamado más elevado es el que se ejerce dentro del templo. Como resultado, muchos creyentes han vivido su vida laboral como un “mal necesario” que solo sirve para sostener su verdadera vida espiritual. Esta visión no solo es incompleta; es dañina. Reduce el alcance del Reino y debilita el testimonio cristiano en la sociedad.

Dios no unge solo al que predica; unge al que administra con justicia, al que crea con integridad, observen al que lidera con humildad, al que innova con propósito. El aceite del Espíritu no está reservado para el púlpito; fluye allí donde un hijo de Dios decide honrar al Padre con lo que hace. Cuando esto se comprende, el trabajo deja de ser un espacio secular y se convierte en un lugar de manifestación del Reino.

Emprender como reflejo del carácter de Dios también implica aceptar límites. Dios crea con orden y establece fronteras. No todo lo posible es legítimo. No toda idea es aprobada. No todo crecimiento es saludable. La creatividad redimida no busca romper límites, sino discernirlos. Aprende a decir no, a esperar tiempos, a someterse a procesos. La paciencia también es una expresión de fe.

En este punto, el emprendimiento del Reino se diferencia radicalmente del emprendimiento del sistema. El sistema valora la velocidad; el Reino valora el proceso. El sistema celebra el resultado; el Reino honra la obediencia. El sistema mide éxito por acumulación; el Reino lo mide por fidelidad. Estas diferencias no son menores; definen la fuente desde la cual se vive y se construye.

Cuando la Iglesia recupera la revelación de que Dios es el primer emprendedor, deja de temer al mercado y deja de idolatrarlo. Aprende a entrar en él con discernimiento, autoridad espiritual y humildad. Forma creyentes que no dependen del sistema, pero saben operar dentro de él.

Hombres y mujeres que no negocian su fe por oportunidades, ni rechazan oportunidades por miedo.

Este capítulo nos devuelve al origen. Nos recuerda que crear no es un acto carnal cuando nace de Dios. Que trabajar no es una distracción espiritual cuando se hace para Su gloria. Que emprender no es un desvío del llamado a ser santos, sino una de sus expresiones posibles cuando el corazón está alineado.

Desde esta verdad avanzaremos en los próximos capítulos hacia una comprensión más profunda de la identidad del hijo de Dios como gobernante espiritual, mayordomo fiel y portador del Reino en cada esfera de la vida. Porque solo cuando entendemos quién es Dios, podemos comprender quiénes somos nosotros y para qué fuimos enviados al mundo.

“Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo; asidos de la palabra de vida...”

Filipenses 2:14 al 16



Capítulo dos

Imagen, dominio Y mayordomía

“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto.”

Lucas 16:10

Toda comprensión sana del rol del creyente en la tierra debe comenzar por una correcta comprensión de su identidad. El problema no es, en primer lugar, lo que hacemos, sino desde dónde lo hacemos. La Iglesia ha intentado durante años corregir conductas sin sanar identidades, modificar prácticas sin transformar la raíz, exigir frutos sin cuidar el fundamento. Pero el Reino de Dios opera siempre desde el ser hacia el hacer, desde la identidad hacia la función. Esa es la dinámica del Nuevo Pacto.

El relato de Génesis establece un orden que no puede ser ignorado: primero Dios crea al hombre a su imagen y semejanza, y luego le confía dominio. El gobierno no es un premio; es una consecuencia. El hombre no gobierna para

convertirse en imagen de Dios, gobierna porque ya fue creado a Su imagen. Cuando este orden se invierte, el dominio se vuelve abuso, la autoridad se vuelve opresión y el trabajo se convierte en idolatría.

La expresión “imagen y semejanza” no es una fórmula poética ni una idea abstracta. Es una declaración funcional. En el mundo antiguo, la imagen de un rey representaba su autoridad en territorios donde él no estaba físicamente presente. Colocar su imagen era afirmar su gobierno. De la misma manera, Dios coloca al hombre en la tierra como su representante visible. El hombre no es dueño de la creación; es portador de una autoridad delegada.

Esta verdad redefine por completo la manera en que el creyente se relaciona con el trabajo, la economía, los recursos y el mercado. Si somos imagen, no actuamos por cuenta propia. Si somos representantes, no tomamos decisiones desconectadas del Rey. Si ejercemos dominio, lo hacemos bajo rendición de cuentas. El dominio bíblico no es autonomía; es delegación.

El mandato de “*señorear*” nunca fue una licencia para explotar, sino un llamado a gobernar con el carácter de Dios. Dios gobierna creando, ordenando, sosteniendo y dando vida. Su dominio no destruye; edifica. No oprime; organiza. No consume; multiplica. Por lo tanto, cuando el hombre ejerce dominio fuera del carácter de Dios, deja de reflejar Su imagen y comienza a deformarla.

Aquí surge una distorsión grave que ha marcado tanto al sistema del mundo como a sectores de la Iglesia: la confusión entre dominio y posesión. El sistema enseña que dominar es poseer, acumular, controlar y excluir. El Reino enseña que dominar es administrar, cuidar, desarrollar y servir. Esta diferencia no es semántica; es espiritual.

La mayordomía es el lenguaje del Reino. Todo lo que Dios confía al hombre, tiempo, dones, recursos, ideas, oportunidades, está sujeto a administración, no a apropiación. La Biblia es clara y consistente en este punto: ***“Del Señor es la tierra y todo lo que hay en ella” (Salmos 24:1)***. El hombre trabaja la tierra, pero no la posee. Produce, pero no es la fuente. Administra, pero no es el dueño.

Cuando esta verdad se pierde, el trabajo se vuelve una carrera por la seguridad personal, y el dinero se transforma en un sustituto de la confianza en Dios. El hombre comienza a vivir para proteger lo que cree suyo, en lugar de rendir cuentas por lo que le fue confiado. En ese punto, el mercado deja de ser un espacio de gobierno del Reino y se convierte en un campo de ansiedad, competencia y temor.

Dios nunca tuvo la intención de que el dominio fuera delegado al sistema en ausencia de la Iglesia. Sin embargo, eso es exactamente lo que ocurrió. A medida que la fe fue confinada al ámbito privado y religioso, el gobierno práctico de la sociedad quedó en manos de estructuras desconectadas del temor de Dios. La Iglesia, en muchos casos, se retiró del

pensamiento, de la economía, de la producción y de la cultura, creyendo que eso la hacía más espiritual.

El resultado fue una fe sin influencia y un mundo sin referencia espiritual. Cuando la Iglesia renuncia al dominio, no se vuelve humilde; se vuelve irrelevante. La humildad bíblica no es ausencia de autoridad, sino ejercicio correcto de ella. Jesús, el modelo perfecto, fue el hombre más humilde que caminó la tierra y, al mismo tiempo, el que habló con mayor autoridad.

Recuperar la revelación del dominio espiritual no significa buscar poder económico como fin, ni controlar sistemas para imponer una agenda religiosa. Significa volver a asumir la responsabilidad de vivir como hijos maduros, conscientes de que cada esfera de la vida es una oportunidad para reflejar el gobierno de Dios. El dominio comienza en lo invisible antes de manifestarse en lo visible.

Por eso, el problema de muchos creyentes en el mercado no es la falta de oportunidades, sino la falta de mentalidad de Reino. Operan como empleados del sistema, aun cuando son hijos del Rey. Toman decisiones desde el temor y no desde la fe. Se adaptan a prácticas injustas para sobrevivir, en lugar de establecer principios para transformar. No porque sean malos, sino porque nunca fueron discipulados para gobernar.

La Escritura enseña que el gobierno comienza con la renovación de la mente. Pensar como imagen de Dios implica

rechazar la mentalidad de escasez, dependencia y resignación. No para caer en soberbia, sino para caminar en responsabilidad. El hijo que sabe quién es no necesita probarlo; simplemente vive conforme a su identidad.

Este dominio no se expresa primero en grandes plataformas, sino en la fidelidad cotidiana. En cómo se administra un pequeño recurso, en cómo se honra una palabra dada, en cómo se maneja una oportunidad sin supervisión, en cómo se responde a la presión del sistema. El Reino no se manifiesta solo en decisiones visibles, sino en convicciones invisibles.

Como cité al principio, Jesús enseñó que el que es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho. Esta afirmación no es un principio administrativo; es una ley espiritual. El dominio se desarrolla, no se improvisa. La mayordomía forma carácter. El carácter sostiene la autoridad. Y la autoridad permite influencia sin corrupción.

Cuando la Iglesia entiende que fue creada para reflejar la imagen de Dios y ejercer dominio a través de la mayordomía, deja de mendigar espacio en el mundo y comienza a ocuparlo con sabiduría. No desde la imposición, sino desde el testimonio. No desde la arrogancia, sino desde la coherencia. No desde el miedo, sino desde la fe.

Ejercer dominio espiritual en medio de sistemas imperfectos es uno de los mayores desafíos para los hijos del Reino. No vivimos en el huerto, sino en un mundo marcado

por la caída, donde las estructuras económicas, políticas y culturales muchas veces operan desde principios contrarios al carácter de Dios. Sin embargo, la presencia de un sistema caído no cancela la responsabilidad del creyente de vivir conforme al diseño original. Al contrario, la vuelve más necesaria.

La tentación permanente es delegar el dominio. Cuando el sistema parece demasiado complejo, injusto o agresivo, muchos creyentes optan por una fe de repliegue. Se refugian en lo espiritual como escape, reducen su expectativa a la vida eterna y resignan toda influencia presente. Pero esta actitud no es humildad; es renuncia. No es santidad; es temor disfrazado de espiritualidad.

Dios nunca le dijo a la Iglesia que se escondiera hasta que Cristo vuelva. Le confió una misión activa: ser sal y luz. Ambas imágenes implican contacto, fricción y presencia. La sal no preserva desde lejos, y la luz no ilumina si se encierra. El dominio espiritual no se ejerce evitando el mundo, sino permaneciendo en él sin perder identidad.

Aquí es donde la mayordomía se vuelve una clave central. El creyente no controla el sistema, pero sí controla sus decisiones dentro de él. No define todas las reglas, pero decide desde qué principios vive. No es responsable de todo lo que sucede, pero sí de cómo responde. La mayordomía comienza cuando el hijo de Dios asume responsabilidad por lo que está a su alcance, sin excusarse en la corrupción generalizada.

Ejercer mayordomía en el mercado implica una ética superior. No una ética negociable según la conveniencia, sino una coherencia nacida del temor de Dios. Significa decir la verdad cuando la mentira parece más rentable. Significa honrar compromisos cuando romperlos sería más fácil. Significa pagar el precio de la integridad aun cuando no haya reconocimiento inmediato.

Este tipo de dominio no suele ser celebrado por el sistema, pero es profundamente reconocido en el Reino. Dios no mide el éxito como el mundo lo mide. Mientras el sistema exalta resultados visibles, Dios observa procesos invisibles. Mientras el mercado premia la astucia, el Reino honra la fidelidad. Esta diferencia protege al creyente de dos extremos peligrosos: la idolatría del control y la pasividad religiosa.

La idolatría del control aparece cuando el hombre confunde dominio con autosuficiencia. Cree que todo depende de su capacidad, su estrategia o su esfuerzo. En este punto, la mayordomía se transforma en posesión, y el dominio se convierte en carga. El creyente comienza a vivir desde la ansiedad, defendiendo lo que cree suyo, temiendo perderlo todo si falla. Paradójicamente, cuanto más controla, menos descansa.

La pasividad religiosa, en cambio, se disfraza de dependencia espiritual. El creyente evita asumir responsabilidad, no planifica, no se prepara, no decide, y atribuye su inmovilidad a la voluntad de Dios. Espera intervenciones sobrenaturales para suplir lo que podría haber

sido administrado con diligencia. Esta actitud no es fe; es negligencia espiritual.

El equilibrio del Reino se encuentra en una mayordomía activa y rendida. El creyente trabaja como si todo dependiera de su obediencia, pero confía como si todo dependiera de Dios. Planifica, pero ora. Avanza, pero escucha. Administra, pero no se apropia. Esta tensión santa mantiene el corazón alineado y las manos ocupadas.

La Escritura muestra una y otra vez que Dios confía mayores responsabilidades a quienes han aprendido a administrar bien las pequeñas. No porque Dios necesite probar algo, sino porque el corazón se forma en el proceso. El dominio espiritual no se recibe de golpe; se desarrolla con el tiempo. Cada decisión fiel prepara al creyente para una influencia mayor.

En este punto, resulta evidente que el problema no es el mercado, sino la falta de formación de la Iglesia para vivir en él. Muchos creyentes fueron discipulados para asistir, pero no para gobernar; para consumir enseñanza, pero no para aplicar principios; para esperar bendición, pero no para administrar responsabilidad. Recuperar la enseñanza bíblica sobre imagen, dominio y mayordomía es esencial para formar hijos maduros, preparados para penetrar el sistema.

El dominio del Reino no busca imponerse por la fuerza, sino establecerse por la coherencia. Cuando un creyente vive conforme a su identidad, su vida se convierte

en un mensaje. Su manera de trabajar, de liderar, de tratar a otros, de manejar recursos, habla más fuerte que cualquier discurso. El mercado observa, evalúa y, muchas veces, respeta una fe que se expresa con integridad.

Esta es una de las formas más poderosas de testimonio en nuestra época. En un mundo cansado de palabras vacías, la vida coherente se vuelve profética. El creyente que administra bien lo que Dios le confió se convierte en evidencia viva de que el Reino es real, presente y transformador.

Cuando la Iglesia comprende que fue creada a imagen de Dios para ejercer dominio a través de la mayordomía, deja de preguntarse si tiene permiso para estar en el mercado. Entiende que tiene responsabilidad. No busca validación del sistema, ni se somete a él por temor. Camina con humildad, pero con convicción. Sirve, pero no se diluye. Participa, pero no negocia su fe.

Este capítulo nos confronta con una pregunta inevitable: ¿estamos viviendo como hijos que gobiernan o como huérfanos que sobreviven? La respuesta no se encuentra en declaraciones públicas, sino en decisiones privadas. En cómo manejamos el tiempo, el dinero, las oportunidades y las relaciones. Allí se revela si entendimos lo que significa ser imagen de Dios en la tierra.

Desde esta base, los conceptos de la Iglesia en el mercado, avanzarán hacia una confrontación necesaria con la

mentalidad de sistema, la renovación del pensamiento y la aplicación práctica de la fe en la economía, el trabajo y el emprendimiento. Porque solo una Iglesia que entiende quién es, puede discernir cómo vivir y hacia dónde avanzar.

“Más vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable...”

1 Pedro 2:9



Capítulo tres

Mentalidad de Reino Vs. Mentalidad de sistema

“El que se deja controlar por su mentalidad humana tendrá muerte, pero el que deja que el Espíritu controle su mente tendrá vida y paz.”

Romanos 8:6 PDT

Toda transformación genuina en la vida del creyente comienza en la mente. No en las circunstancias, no en las oportunidades, no en los recursos disponibles, sino en la manera de pensar. Por eso la Escritura no llama primero a cambiar conductas, sino a renovar el entendimiento. Mientras la mente permanezca cautiva de un sistema de pensamiento ajeno al Reino, aun el hijo de Dios vivirá por debajo de su diseño, limitado en su accionar y condicionado en su fe.

La mentalidad de sistema es más que una forma de pensar económica o laboral; es una cosmovisión completa. Es una manera de interpretar la vida, el éxito, la seguridad y el futuro. Opera desde la escasez, el temor, la competencia y

la autosuficiencia. Enseña que el valor personal está ligado al rendimiento, que la provisión depende del control y que el fracaso es una amenaza a la identidad. En este marco, el hombre vive presionado por sostener lo que tiene y alcanzar lo que aún no logró.

La mentalidad de Reino, en cambio, nace de la filiación. No se construye desde el miedo, sino desde la pertenencia. El hijo no vive para probar su valor; vive desde un valor recibido. No trabaja para ser aceptado; trabaja porque ya fue aceptado. Esta diferencia, aunque sutil en apariencia, redefine por completo la manera en que el creyente se relaciona con el mercado, el trabajo y el progreso.

Uno de los mayores daños que la mentalidad de sistema ha producido en la Iglesia es la normalización de la esclavitud interior. Muchos creyentes aman a Dios sinceramente, pero viven atados al temor de no tener, de no llegar, de no sostenerse. Trabajan agotados, deciden ansiosos, avanzan con culpa cuando prosperan y con vergüenza cuando fracasan. No porque Dios lo demande, sino porque su mente sigue operando bajo principios que no provienen del Reino.

La Escritura muestra con claridad que la esclavitud no siempre es externa. Israel salió de Egipto en una noche, pero Egipto tardó generaciones en salir de Israel. Aunque eran libres físicamente, seguían pensando como esclavos. Extrañaban el sistema que los oprimía porque les ofrecía una falsa sensación de seguridad. Esta misma dinámica se repite

hoy en muchos creyentes que, aunque nacieron de nuevo, siguen dependiendo emocional y mentalmente del sistema que los limita.

La mentalidad de sistema enseña a vivir reaccionando. Reaccionar a la economía, reaccionar a las crisis, reaccionar a las amenazas, reaccionar a la presión social. El Reino, en cambio, llama a vivir gobernando. Gobernar no significa controlar todo, sino responder desde convicciones firmes, no desde impulsos circunstanciales. El hijo de Dios no niega la realidad, pero tampoco se somete a ella como autoridad final.

Aquí aparece una tensión inevitable: el creyente vive dentro del sistema, pero no puede pensar como el sistema. Trabaja en él, comercia en él, interactúa con sus reglas, pero no adopta sus valores como absolutos. Esta distinción es clave. Cuando la Iglesia pierde esta claridad, cae en uno de dos extremos: o huye del sistema por temor a contaminarse, o se somete a él por miedo a quedarse afuera.

Ambas posturas nacen de la misma raíz: una identidad debilitada. El que huye lo hace porque no confía en la obra de Dios en su interior. El que se somete lo hace porque busca seguridad donde no la hay. La mentalidad de Reino, en cambio, permite estar presente sin diluirse, participar sin rendirse, avanzar sin negociar la fe.

La renovación de la mente no es un acto instantáneo; es un proceso continuo. Implica desaprender patrones profundamente arraigados y aprender a pensar conforme a la

verdad. Esto incluye la manera en que se concibe el trabajo, el dinero, el éxito y el futuro. No basta con confesar promesas si las decisiones siguen naciendo del temor. No alcanza con declarar fe si la planificación sigue siendo reactiva.

Pensar como hijo y no como huérfano es uno de los mayores desafíos del creyente en el mercado. El huérfano vive desde la inseguridad. Necesita demostrar, acumular, competir y protegerse. El hijo vive desde la confianza. Puede compartir, esperar, sembrar y descansar. El huérfano pregunta constantemente “¿y si no alcanza?”. El hijo pregunta “¿qué espera el Padre de mí en este tiempo?”.

Esta diferencia se refleja en la manera de enfrentar los desafíos. Ante una crisis, la mentalidad de sistema se paraliza o especula. La mentalidad de Reino discierne y se prepara. Ante una oportunidad, el sistema se apresura por miedo a perderla. El Reino evalúa por temor de Dios. Ante el crecimiento, el sistema se exalta. El Reino se humilla y agradece.

La fe que huye del sistema no transforma nada. La fe que se somete al sistema pierde su voz. La fe del Reino camina en medio del sistema con discernimiento, sin depender de él ni temerle. Esta fe entiende que la provisión viene de Dios, aunque muchas veces llegue a través de estructuras humanas. Por eso no idolatra el canal ni desprecia el medio.

El apóstol Pablo exhorta a no conformarse a este siglo, sino a ser transformados por la renovación de la mente (**Romanos 12:2**). Esta exhortación no es abstracta; es profundamente práctica. Implica pensar distinto sobre el éxito, el fracaso, la abundancia y la pérdida. Implica dejar de medir la vida solo por resultados visibles y comenzar a medirla por fidelidad, obediencia y alineación con el propósito eterno.

Cuando la mente no es renovada, aun las bendiciones se vuelven peligrosas. El creyente puede prosperar externamente y empobrecerse internamente. Puede avanzar en el mercado y retroceder en la comunión. Puede ganar influencia y perder sensibilidad espiritual. La mentalidad de sistema no distingue entre progreso y propósito; el Reino sí.

La renovación de la mente no ocurre por acumulación de información, sino por alineación con la verdad. Muchos creyentes conocen versículos, principios y conceptos, pero siguen tomando decisiones desde patrones antiguos. Esto sucede porque la mente no se transforma solo con conocimiento bíblico, sino con obediencia progresiva. Cada vez que los hijos de Dios decidimos confiar en Dios por encima del sistema, la mente se reconfigura. Cada vez que elegimos fidelidad en lugar de conveniencia, el Reino gana terreno interior.

El sistema educa para reaccionar rápidamente. Premia la inmediatez, la velocidad y la ventaja competitiva. El Reino, en cambio, forma para discernir. Enseña a esperar, a

consultar al Señor, a evaluar consecuencias eternas antes de actuar. Esta diferencia se vuelve especialmente visible en el mercado, donde la presión por decidir rápido puede empujar al creyente a comprometer convicciones profundas por resultados inmediatos.

Aquí surge una confusión frecuente entre fe y presunción. La mentalidad de sistema suele disfrazar la presunción de valentía espiritual. Empuja a avanzar sin dirección, a asumir riesgos sin cobertura espiritual, a llamar “fe” a decisiones tomadas desde el orgullo o la ansiedad. La fe del Reino, en cambio, siempre nace de una palabra recibida. No se mueve para probar a Dios, sino porque ha escuchado a Dios.

La presunción dice: “Dios me va a respaldar porque esto me conviene”. La fe dice: “Avanzo porque Dios me habló, aun si el resultado no es inmediato”. Esta distinción protege al creyente de grandes heridas. Muchos fracasos espirituales en el mercado no nacieron de la maldad, sino de decisiones no discernidas. La mente aún moldeada por el sistema confunde oportunidad con llamado, crecimiento con aprobación divina, visibilidad con propósito.

Renovar la mente implica aprender a detenerse. En un mundo que glorifica el movimiento constante, el Reino honra la quietud obediente. ***“Estad quietos, y conoced que yo soy Dios” (Salmos 46:10)***, no es una invitación a la pasividad, sino a la alineación. El que se detiene delante de Dios no pierde tiempo; gana dirección.

Otra característica de la mentalidad de sistema es la dependencia emocional del resultado. El valor del individuo queda atado al éxito visible. Cuando las cosas van bien, hay euforia; cuando van mal, hay derrumbe. Esta montaña rusa emocional desgasta profundamente al creyente. El Reino, en cambio, enseña a vivir desde la estabilidad de la identidad. El hijo de Dios no cambia su valor según el balance del mes ni su paz según las circunstancias externas.

Esto no significa indiferencia ni irresponsabilidad. Significa madurez. El creyente del Reino se duele cuando pierde, aprende cuando falla y se alegra cuando prospera, pero no se define por ninguna de esas estaciones. Su identidad permanece firme porque está anclada en Cristo, no en el sistema.

La mentalidad de sistema también promueve la competencia como norma. Enseña que el progreso de uno requiere la caída de otro. El Reino introduce una lógica diferente: la de la cooperación bajo propósito. Esto no elimina el esfuerzo personal ni la excelencia, pero transforma la motivación. El creyente deja de ver al otro como amenaza y comienza a verlo como prójimo. Esta manera de pensar no es ingenua; es profundamente revolucionaria.

En el mercado, esta mentalidad se traduce en prácticas concretas: honestidad donde otros engañan, generosidad donde otros retienen, justicia donde otros aprovechan. Estas decisiones no siempre producen ganancias inmediatas, pero construyen una autoridad espiritual que el sistema no puede

otorgar ni quitar. Con el tiempo, esa autoridad abre puertas que la astucia nunca podría abrir.

Vivir en el sistema sin ser gobernado por él exige una vigilancia constante del corazón. El sistema no solo presiona desde afuera; seduce desde adentro. Ofrece reconocimiento, control, seguridad aparente. El creyente debe examinar continuamente desde dónde toma decisiones. ¿Desde la fe o desde el miedo? ¿Desde la obediencia o desde la ambición? ¿Desde la dependencia de Dios o desde la autosuficiencia?

El Espíritu Santo cumple aquí un rol insustituible. Él no solo consuela; guía. No solo edifica; corrige. No solo anima; advierte. Una mente renovada aprende a escuchar Su voz en lo cotidiano, no solo en lo espiritualizado. Aprende a consultar a Dios antes de firmar, antes de invertir, antes de asociarse, antes de avanzar. Esta dependencia no debilita; fortalece.

La Iglesia necesita comprender que la batalla más intensa no se libra en el mercado, sino en la mente de los hijos de Dios. Allí se decide si la fe será una fuerza transformadora o un discurso privado. Allí se define si el hijo de Dios vivirá gobernando o sobreviviendo. Allí se establece si el Reino influirá en el sistema o si el sistema moldeará al creyente.

La mentalidad de Reino no se hereda automáticamente con la conversión; se forma con discipulado, práctica y corrección. Por eso este libro no apunta solo a inspirar, sino a confrontar con amor. No busca producir entusiasmo

momentáneo, sino una transformación profunda y sostenida. Porque una Iglesia con mentalidad de Reino no solo ora mejor; vive mejor, decide mejor y deja huellas eternas.

Este capítulo nos deja frente a una decisión inevitable: seguir pensando como el sistema y limitar nuestra fe a lo privado, o permitir que el Reino renueve nuestra mente y gobierne nuestra vida entera. No es una decisión teórica; es diaria. Se expresa en cada elección, en cada proyecto, en cada respuesta frente a la presión.

Desde aquí, el camino queda preparado para avanzar hacia una fe aplicada, una fe que no se agota en palabras ni se encierra en el templo, sino que se traduce en acción, creatividad y avance bajo la dirección del Espíritu. Esa será la base de la próxima parte del libro, donde abordaremos cómo la fe del Reino produce ideas, proyectos y movimiento con propósito eterno.

“Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Más nosotros tenemos la mente de Cristo.”

1 Corintios 2:14 al 16



PARTE II
**FE APLICADA:
CREER, CREAR
Y AVANZAR**

Capítulo cuatro

Fe que produce ideas No solo oraciones

“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.”

Filipenses 4:6 y 7

Uno de los mayores malentendidos dentro de la vida cristiana ha sido reducir la fe a una experiencia meramente devocional, desconectada de la acción concreta. Se ha enseñado, muchas veces sin mala intención, que la fe se expresa principalmente en oraciones, ayunos y declaraciones, mientras que las decisiones prácticas, las ideas y los proyectos pertenecen a un plano secundario o incluso sospechoso. Sin embargo, la fe bíblica nunca fue pasiva, ni contemplativa en el sentido de la inacción. La fe verdadera siempre produce movimiento.

La Escritura define la fe como la certeza de lo que se espera y la convicción de lo que no se ve. Esta definición no describe un estado emocional, sino una postura activa frente a la realidad. La fe no niega lo invisible; lo abraza como fundamento para actuar en lo visible. Por eso, cada vez que la fe aparece genuinamente en la Biblia, va acompañada de decisiones, pasos concretos y, muchas veces, de ideas que rompen con la lógica natural.

Noé no solo creyó, sino que construyó el arca; Abraham no solo oró, sino que salió de su tierra y su parentela; Moisés no solo clamó, sino que confrontó a faraón tan solo con una vara; David no solo era el dulce cantor de Israel, sino que era bravo en batalla matando enemigos. La fe siempre empuja al creyente a hacer algo que, sin la revelación de Dios, parecería innecesario, arriesgado o incluso absurdo. La fe bíblica no se contenta con la intención; exige obediencia.

Aquí es donde la Iglesia necesita una corrección profunda. Orar es esencial, indispensable e irremplazable. Pero orar no fue diseñado para sustituir la responsabilidad, sino para direccionarla. La oración no anula la planificación; la santifica. No reemplaza las ideas; las alinea. No evita el trabajo; lo ordena. Cuando la oración se desconecta de la acción, se transforma en una espiritualidad estéril.

Dios no solo responde oraciones con milagros; muchas veces responde impartiendo ideas. Ideas que contienen soluciones, estrategias, caminos y procesos. Ideas que nacen

en la comunión, pero se desarrollan en la obediencia. Ideas que no buscan glorificar al hombre, sino manifestar la sabiduría de Dios en contextos concretos.

El problema es que muchos creyentes esperan que Dios haga sobrenaturalmente lo que Él desea hacer a través de ellos. Esperan provisión, pero rechazan la idea. Claman por puertas abiertas, pero no están dispuestos a caminar. Piden multiplicación, pero no siembran. No por falta de fe, sino por una comprensión incompleta de cómo opera el Reino.

Jesús enseñó que el Reino de Dios es semejante a una semilla. La semilla es pequeña, sencilla y, muchas veces, insignificante a los ojos humanos. Pero dentro de ella hay vida, diseño y potencial de multiplicación. Las ideas del Reino funcionan de la misma manera. No siempre llegan como grandes revelaciones; muchas veces aparecen como pensamientos simples, inquietudes persistentes o cargas específicas por una necesidad concreta.

La fe madura aprende a reconocer estas semillas. No las desprecia por su tamaño ni las idolatra por su potencial. Las recibe con gratitud y las presenta delante de Dios. La fe inmadura, en cambio, suele oscilar entre dos extremos: o desprecia la idea por considerarla demasiado humana, o la exalta prematuramente sin someterla al discernimiento espiritual.

Aquí el rol del Espíritu Santo es central. Él no solo inspira oraciones, sino también pensamientos. No solo intercede; también instruye. No solo consuela; también dirige. Jesús prometió que el Espíritu Santo nos guiaría a toda verdad, y esa verdad incluye decisiones prácticas, caminos concretos y estrategias sabias para cada tiempo.

La fe que produce ideas no nace del activismo, sino de la comunión. No es fruto de la ansiedad por hacer algo, sino de la sensibilidad espiritual para discernir lo que Dios está haciendo. Esta fe no corre delante de Dios, pero tampoco se queda atrás. Camina al ritmo del Espíritu.

Una de las señales más claras de una fe reducida es la oración que siempre pide resultados, pero nunca acepta procesos. El Reino, sin embargo, opera por procesos. Dios podría resolver muchas cosas de manera inmediata, pero elige formar al creyente en el camino. Las ideas del Reino, cuando son genuinas, requieren tiempo, preparación, aprendizaje y perseverancia. No porque Dios sea lento, sino porque está más interesado en formar hijos maduros que en producir resultados rápidos.

En el mercado, esta verdad se vuelve especialmente relevante. Muchos creyentes oran pidiendo prosperidad, estabilidad o crecimiento, pero rechazan el proceso de formación que esas respuestas requieren. No quieren capacitarse, no quieren ordenar su vida, no quieren corregir hábitos, no quieren asumir riesgos medidos. Esperan un milagro que los exima de la responsabilidad.

La fe que produce ideas, en cambio, acepta el proceso como parte del propósito. Entiende que cada idea viene acompañada de una invitación a crecer. Crecer en carácter, en disciplina, en sabiduría y en dependencia de Dios. Esta fe no se desespera por los resultados inmediatos, porque confía en la fidelidad del Dador.

Otro aspecto clave es comprender que no toda idea es del Reino, aunque parezca buena. La fe no consiste en ejecutar cualquier pensamiento, sino en discernir cuál proviene de Dios. Por eso, la fe bíblica siempre está ligada a la obediencia, no a la iniciativa autónoma. El creyente del Reino aprende a preguntar antes de avanzar, a escuchar antes de actuar, a rendir la idea antes de desarrollarla.

Cuando una idea nace del Espíritu, produce paz aun en medio del desafío. No elimina el temor natural, pero lo subordina a la confianza. No promete ausencia de dificultades, pero garantiza la presencia de Dios en el proceso. Esta es una de las señales más claras de que una idea proviene del Reino y no del impulso personal.

La Iglesia necesita recuperar esta comprensión si quiere impactar verdaderamente el mercado. No basta con orar por los emprendedores; hay que formar creyentes capaces de recibir ideas del Reino, desarrollarlas con sabiduría y ejecutarlas con integridad. No basta con clamar por transformación social; hay que preparar a los hijos de Dios para ser instrumentos de esa transformación.

La fe que produce ideas siempre desemboca, tarde o temprano, en la necesidad de planificar. Este punto suele generar tensión en algunos creyentes, porque la planificación ha sido erróneamente asociada con la falta de fe. Sin embargo, la Biblia no presenta la planificación como enemiga de la dependencia de Dios, sino como su expresión ordenada. El problema no es planificar, sino planificar sin Dios; no es organizar, sino hacerlo desde la autosuficiencia.

Jesús mismo enseñó la importancia de calcular antes de construir. No para desalentar la fe, sino para evitar una espiritualidad irresponsable. La fe auténtica no improvisa; discierne. No se lanza al vacío sin dirección; camina sobre la palabra recibida. Cuando una idea viene de Dios, no solo trae entusiasmo espiritual, sino también la invitación a ordenar pasos, tiempos y recursos.

Planificar desde la fe no significa controlar el resultado, sino honrar el proceso. Es reconocer que Dios es un Dios de orden y que el desorden rara vez glorifica su nombre. La planificación se convierte, entonces, en un acto de mayordomía. El creyente presenta la idea delante de Dios, la somete a evaluación, busca consejo sabio y se dispone a aprender lo que aún no sabe.

Aquí aparece una diferencia crucial entre activismo y obediencia. El activismo nace de la ansiedad por hacer algo. La obediencia nace del discernimiento de lo que Dios está haciendo. El activista se mueve mucho, pero avanza poco. El obediente puede avanzar lentamente, pero con dirección

clara. En el mercado, esta diferencia determina la sostenibilidad de cualquier proyecto.

La fe que produce ideas también reconoce la necesidad de preparación. No toda idea se ejecuta inmediatamente. Algunas requieren capacitación, ajustes internos, cambios de hábitos y desarrollo de habilidades. La fe madura no desprecia el aprendizaje; lo abraza como parte del llamado. Entiende que Dios no solo da ideas, sino que forma al portador de la idea.

En este punto, muchos creyentes se frustran. Confunden demora con negación. Interpretan los procesos como obstáculos y no como entrenamiento. Pero el Reino no se construye sobre improvisación, sino sobre fundamentos sólidos. Dios suele usar el tiempo para alinear el corazón con el propósito, para purificar motivaciones y para fortalecer el carácter.

La fe aplicada al mercado también implica asumir riesgos con sabiduría. La fe bíblica nunca fue temeraria. No niega la realidad ni desprecia la prudencia. El creyente del Reino no avanza porque todo está garantizado, sino porque confía en Dios aun cuando no lo está. Pero esa confianza no elimina la responsabilidad de evaluar, de prever y de prepararse.

Aquí es fundamental comprender que la fe no reemplaza la diligencia; la potencia. Proverbios es claro al enseñar que la diligencia conduce a la abundancia, mientras

que la negligencia conduce a la pobreza. Estas afirmaciones no son solo económicas; son espirituales. La fe que no se traduce en diligencia se vuelve discurso vacío.

Otro aspecto clave de la fe que produce ideas es la capacidad de perseverar. Muchas ideas del Reino no fracasan por falta de unción, sino por falta de constancia. El entusiasmo inicial suele ser fuerte, pero el proceso prolongado revela la profundidad del compromiso. La fe genuina no se rinde ante las primeras dificultades, porque no está basada en emociones, sino en convicciones.

La perseverancia es una forma silenciosa de fe. No siempre se ve, no siempre se celebra, pero sostiene el avance cuando las circunstancias se vuelven adversas. El creyente que aprende a perseverar desarrolla una autoridad espiritual que el sistema reconoce, aunque no siempre lo admita.

La fe que produce ideas también aprende a evaluar resultados sin idolatrarlos. No toda idea dará el fruto esperado en el tiempo esperado. Algunas producirán menos, otras más, y otras cambiarán de forma en el proceso. El creyente del Reino no define su obediencia por el resultado inmediato, sino por la fidelidad en el camino.

Esto protege el corazón de dos peligros comunes: el orgullo cuando las cosas van bien y la condenación cuando no van como se esperaba. La fe del Reino mantiene la mirada en Dios, no en el resultado. Celebra los avances, aprende de los errores y sigue caminando.

Finalmente, la fe aplicada reconoce que el propósito último no es el éxito personal, sino la gloria de Dios. Las ideas del Reino no buscan construir imperios personales, sino extender la influencia del Reino eterno. Cuando esta verdad se pierde, aun las ideas nacidas del Espíritu pueden desviarse.

La Iglesia necesita volver a formar creyentes que oren profundamente y piensen con sabiduría; que escuchen al Espíritu y se preparen con diligencia; que confíen en Dios y asuman responsabilidad. Esta integración es la que permite que la fe deje de ser un discurso dominical y se convierta en una fuerza transformadora en el mercado.

Este capítulo nos deja una convicción clara: orar es indispensable, pero no suficiente. La fe que no produce ideas, pasos y obediencia concreta se estanca. El Reino avanza cuando los hijos de Dios se atreven a creer... y a actuar conforme a lo que han creído.

Desde aquí, el libro avanza hacia una reflexión necesaria sobre la creatividad redimida y el propósito eterno, profundizando en cómo innovar sin perder santidad y cómo emprender sin idolatrar el resultado. Esa será la base del próximo capítulo.

“Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón, para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras.”

Jeremías 17:10

Capítulo cinco

Creatividad Redimida Y Propósito Eterno

“Y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz. Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de Él...”

Colosenses 1:20 al 22

La creatividad es uno de los dones más poderosos y, al mismo tiempo, más vulnerables que Dios ha confiado al ser humano. Cuando fluye alineada con el corazón de Dios, se convierte en un instrumento de vida, orden y bendición. Cuando se desconecta de su fuente, puede transformarse en un medio de exaltación del ego, de idolatría sutil o de construcción de proyectos que, aunque exitosos a los ojos del mundo, carecen de peso eterno.

La Escritura revela que la creatividad no nace en el hombre, sino en Dios. Él no solo crea; disfruta creando. Diseña con intención, con belleza y con sentido. Nada en la creación es accidental. Cada forma, cada color, cada función responde a una sabiduría superior. Cuando Dios crea al hombre a su imagen, no solo le otorga capacidad de gobernar, sino también de crear dentro de los límites de ese gobierno. La creatividad humana es, en esencia, una participación delegada en la obra del Creador.

Sin embargo, como todo don poderoso, la creatividad necesita redención. La caída no eliminó la capacidad creativa del hombre, pero la desvió de su propósito original. Desde entonces, el ser humano ha creado cosas admirables... y también profundamente destructivas. Ha producido belleza... y también sistemas de opresión. Ha innovado para sanar... y para dominar. El problema no está en la creatividad en sí, sino en el corazón que la dirige.

Por eso, hablar de creatividad redimida implica hablar de un corazón rendido. La redención no anula la creatividad; la purifica. No la limita; la orienta. No la apaga; la somete al señorío de Cristo. Cuando la creatividad se rinde a Dios, deja de buscar aplauso y comienza a buscar propósito. Deja de preguntarse “¿qué puedo lograr?” y comienza a preguntar “¿qué glorifica a Dios?”.

En el contexto del mercado, esta distinción es fundamental. El sistema celebra la innovación cuando produce ganancia, posicionamiento o visibilidad. El Reino,

en cambio, evalúa la creatividad por su fruto espiritual, su impacto humano y su coherencia ética. Una idea puede ser brillante y, al mismo tiempo, vacía. Puede ser rentable y, a la vez, espiritualmente estéril. La creatividad del Reino no se mide solo por su eficacia, sino por su alineación con el carácter de Dios.

Aquí aparece uno de los mayores desafíos para el creyente emprendedor: innovar sin perder santidad. En un entorno que constantemente empuja a cruzar límites morales en nombre del progreso, el hijo de Dios debe aprender a decir no a ciertas ideas, aunque parezcan atractivas. No toda innovación es santa. No todo avance es aprobado por Dios. La creatividad redimida discierne límites y los honra.

Este discernimiento no nace del temor, sino del amor a Dios. El creyente que ama al Señor no pregunta hasta dónde puede llegar sin pecar, sino hasta dónde puede llegar sin entristecer el corazón del Padre. Esta sensibilidad espiritual es una de las señales más claras de una creatividad verdaderamente redimida.

La Biblia muestra que Dios no solo da ideas, sino también instrucciones precisas sobre cómo ejecutarlas. Cuando ordenó construir el tabernáculo, no dejó el diseño librado a la improvisación humana. Dio medidas, materiales, formas y propósitos. Y ungió con su Espíritu a artesanos específicos para llevar a cabo esa obra. Esto revela que Dios honra la creatividad técnica cuando está al servicio de su propósito.

Este principio sigue vigente. Dios no desprecia la excelencia, el detalle ni la innovación. Al contrario, cuando la creatividad se rinde a Él, se eleva. El problema surge cuando la creatividad se independiza del propósito eterno y comienza a girar alrededor del ego. En ese punto, quien pretende ser creativo se convierte en ídolo de su propia obra, y la obra termina gobernándolo.

Uno de los peligros más sutiles en el mercado es confundir propósito con éxito. El éxito es visible, medible y celebrado. El propósito, en cambio, muchas veces es silencioso, progresivo y solo plenamente comprendido a la luz de la eternidad. La creatividad redimida no desprecia el éxito, pero tampoco lo persigue como fin. Lo recibe con gratitud cuando llega y lo suelta con humildad cuando debe soltarlo.

Aquí es donde muchos proyectos del Reino se desvían. Comienzan con un corazón correcto, pero a medida que crecen, el foco se desplaza. La creatividad deja de servir al propósito y comienza a servir a la estructura. Lo que nació como instrumento se convierte en identidad. El creyente ya no pregunta qué quiere Dios, sino qué conviene mantener. Este desplazamiento es lento, casi imperceptible, pero profundamente peligroso.

Por eso, la creatividad del Reino necesita comunión constante. No basta con haber recibido una idea de Dios al inicio; es necesario permanecer escuchando. El Espíritu Santo no solo inspira el comienzo; también guía el desarrollo

y, muchas veces, el cierre de ciclos. Una creatividad verdaderamente redimida sabe cuándo avanzar, cuándo ajustar y cuándo detenerse.

Otro aspecto esencial es comprender que la creatividad del Reino siempre está orientada a servir. No sirve al ego, sino a las personas. No busca impresionar, sino edificar. No se centra en la originalidad por la originalidad misma, sino en la utilidad con sentido eterno. Esto no significa mediocridad; significa dirección correcta.

Cuando la Iglesia pierde esta perspectiva, termina copiando modelos del mundo sin discernimiento, creyendo que la relevancia se alcanza imitando al sistema. Pero la verdadera relevancia del Reino no proviene de parecerse al mundo, sino de ofrecer una alternativa distinta. La creatividad redimida no compite por atención; manifiesta verdad.

Emprender con creatividad redimida implica aprender a caminar con una tensión saludable entre el presente y la eternidad. El creyente no puede ignorar los resultados visibles, porque vive en un mundo concreto donde las decisiones tienen consecuencias reales. Pero tampoco puede absolutizarlos, porque su vida no está definida por lo temporal, sino por lo eterno. Esta tensión, lejos de ser un problema, es una protección espiritual.

Uno de los mayores peligros en el desarrollo de proyectos es permitir que el resultado se convierta en señor.

Cuando el crecimiento, la aceptación o la rentabilidad pasan a ocupar el centro del corazón, el propósito comienza a diluirse. El creyente ya no pregunta si el proyecto honra a Dios, sino si funciona. Y cuando “funcionar” se convierte en el criterio principal, la creatividad pierde su redención.

La Escritura advierte con claridad sobre este riesgo. No porque el éxito sea malo, sino porque el corazón humano es fácilmente seducido. Lo que comenzó como una herramienta puede transformarse en un ídolo silencioso. Por eso, la creatividad del Reino necesita vigilancia interior constante. No para vivir con culpa, sino para permanecer alineados.

Emprender con propósito eterno también significa aceptar que no toda idea está destinada a crecer indefinidamente. Algunas ideas cumplen una función específica para una temporada y luego deben morir para dar lugar a algo nuevo. Esta verdad suele ser difícil de aceptar, especialmente cuando el proyecto ha demandado esfuerzo, sacrificio y tiempo. Sin embargo, el Reino no se rige por la lógica de la permanencia, sino por la obediencia.

Los hijos de Dios que entendemos esto, no nos aferramos a nuestras obras como si definieran nuestra identidad. Podemos soltar sin amargura, cerrar ciclos sin resentimiento y avanzar sin nostalgia paralizante. La creatividad redimida no se aferra al pasado; discierne el presente y se abre al futuro que Dios está gestando.

Aquí aparece otro aspecto fundamental: la humildad creativa. El sistema exalta al innovador como figura central, como mente brillante, como fuente de la idea. El Reino, en cambio, reconoce que toda buena dádiva proviene de Dios. El creyente creativo no se niega a reconocer su trabajo, pero tampoco se atribuye la gloria. Vive agradecido, no exaltado.

La humildad protege al corazón del aislamiento. Cuando el éxito llega, la tentación es cerrar el círculo, dejar de escuchar consejo, asumir que la intuición personal es suficiente. Pero la creatividad del Reino florece en comunidad. Dios suele hablar a través de otros, corregir mediante otros y afirmar mediante otros. El creyente que se encierra en su propia visión corre el riesgo de desalinearse sin notarlo.

La creatividad redimida también aprende a decir no. No a propuestas atractivas que desvían el propósito. No a asociaciones que comprometen principios. No a oportunidades que exigen sacrificar la integridad. Este discernimiento no siempre es celebrado, pero es profundamente honrado por Dios. Decir no a tiempo suele ser una de las expresiones más altas de fe.

En el mercado, esta postura suele ser interpretada como rigidez o falta de ambición. Pero el creyente del Reino sabe que no toda puerta abierta proviene de Dios. La fe no consiste en atravesar cualquier oportunidad, sino en obedecer la dirección divina, aun cuando implique perder ventajas inmediatas.

Otro rasgo de la creatividad redimida es su orientación hacia la edificación de otros. El Reino no se construye en soledad. Los proyectos que nacen de Dios tienden a bendecir más allá del creador. Generan trabajo digno, promueven justicia, aportan soluciones reales y elevan la dignidad humana. No buscan solo el beneficio propio, sino el bien común bajo principios del Reino.

Esta dimensión social del emprendimiento del Reino no es una estrategia de marketing; es una consecuencia natural de un corazón alineado con Dios. Cuando el creyente comprende que todo lo que administra le fue confiado, comienza a preguntarse cómo su creatividad puede servir a otros. La prosperidad deja de ser acumulación y se transforma en instrumento.

Emprender con propósito eterno también implica sostener la mirada escatológica. Vivir esperando la venida del Señor no significa abandonar la responsabilidad presente, sino ejercerla con perspectiva correcta. El creyente crea, innova y trabaja sabiendo que nada de lo que hace en el Señor es en vano. Pero también sabiendo que ninguna obra humana es definitiva.

Esta conciencia protege de la desesperación ante el fracaso y del orgullo ante el éxito. Todo es transitorio; solo el Reino permanece. Esta verdad libera al creyente para crear con gozo, trabajar con libertad y emprender sin esclavitud emocional.

La Iglesia necesita formar creyentes creativos con raíces profundas. Personas capaces de innovar sin perder reverencia, de crecer sin perder humildad, de prosperar sin perder dependencia de Dios. Esta formación no se logra con discursos motivacionales, sino con discipulado paciente y enseñanza sólida.

Este capítulo nos deja una exhortación clara: no basta con ser creativos; es necesario ser redimidos. No basta con tener ideas; es necesario someterlas al propósito eterno. No basta con emprender; es necesario hacerlo bajo el señorío de Cristo. Solo así la creatividad se convierte en una herramienta del Reino y no en un sustituto del mismo.

Desde aquí, el libro avanza hacia una reflexión profundamente práctica sobre la sabiduría, la estrategia y la diligencia, elementos esenciales para sostener en el tiempo lo que Dios inicia. Ese será el foco del próximo capítulo.

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados.”

Romanos 8:28



Capítulo seis

Sabiduría, Estrategia Y Diligencia

“Los pensamientos del diligente ciertamente tienden a la abundancia; Mas todo el que se apresura alocadamente, de cierto va a la pobreza.”

Proverbios 21:5

Si la fe da origen a las ideas y la creatividad redimida les otorga propósito, la sabiduría es lo que permite que esas ideas permanezcan, crezcan y den fruto en el tiempo. Muchos proyectos nacen bien, incluso con inspiración genuina, pero fracasan no por falta de unción, sino por ausencia de sabiduría práctica. En el Reino, la espiritualidad nunca estuvo divorciada del entendimiento; al contrario, la verdadera espiritualidad siempre conduce a una vida ordenada.

La Escritura presenta la sabiduría no como un conocimiento abstracto, sino como la capacidad de vivir conforme a la voluntad de Dios en situaciones concretas. No se trata solo de saber qué es correcto, sino de discernir cómo hacerlo, cuándo hacerlo y de qué manera hacerlo. La

sabiduría es profundamente práctica. Se expresa en decisiones diarias, en prioridades bien establecidas y en la capacidad de anticipar consecuencias.

El libro de Proverbios deja en claro que la sabiduría no es opcional para quien desea vivir bien delante de Dios. No es un adorno espiritual reservado para unos pocos; es una necesidad básica para todo aquel que administra responsabilidades. La necedad, en la Biblia, no se define por falta de inteligencia, sino por vivir sin considerar a Dios en las decisiones. Por eso, una persona puede ser talentosa, creativa y hasta exitosa, y aun así ser considerada necia desde la perspectiva del Reino.

Aquí se produce una confrontación necesaria con cierta espiritualidad que desprecia la preparación. Durante años, se ha exaltado una fe que actúa sin pensar, que avanza sin evaluar y que decide sin consejo, llamando a eso “confianza en Dios”. Sin embargo, la Biblia nunca presenta la imprudencia como fe. Al contrario, enseña que los planes del diligente conducen a la abundancia, mientras que la precipitación conduce a la escasez.

La sabiduría del Reino no se opone al conocimiento; lo ordena. No desprecia la estrategia; la santifica. No anula la planificación; la somete a Dios. El creyente sabio aprende a unir oración y análisis, dependencia espiritual y responsabilidad humana. Esta integración es clave para sostener cualquier emprendimiento con propósito eterno.

La estrategia, en este contexto, no es manipulación ni cálculo frío. Es discernimiento aplicado. Es la capacidad de organizar recursos, tiempos y esfuerzos de manera coherente con el objetivo que Dios ha revelado. La estrategia bíblica no nace del miedo a perder, sino del deseo de administrar bien lo que se ha recibido. Es una expresión de mayordomía madura.

Dios mismo actúa con estrategia. A lo largo de la historia bíblica, vemos procesos progresivos, tiempos definidos y estrategias específicas. Nada en el plan redentor fue improvisado. La encarnación ocurrió en un tiempo determinado, en un contexto específico y con un propósito claro. Esto nos enseña que pensar estratégicamente no es carnal; es reflejar el carácter ordenado de Dios.

En el mercado, la falta de estrategia suele producir desgaste innecesario. Mucho esfuerzo con poco fruto. Mucho movimiento sin dirección. Mucha actividad espiritual, pero poca efectividad práctica. El creyente del Reino no puede conformarse con buenas intenciones; está llamado a desarrollar caminos sabios para que esas intenciones se conviertan en impacto real.

La diligencia aparece entonces como el tercer elemento indispensable. La diligencia no es activismo ni perfeccionismo; es constancia obediente. Es hacer lo que corresponde, cuando corresponde, aunque no haya reconocimiento inmediato. La diligencia honra a Dios porque refleja fidelidad. El perezoso, en cambio, no siempre es el

que no hace nada, sino el que hace solo lo que le resulta cómodo.

La Escritura es contundente al mostrar que la falta de diligencia tiene consecuencias reales. No solo económicas, sino espirituales. El descuido constante, la postergación y la falta de compromiso erosionan la autoridad espiritual del creyente. No porque Dios castigue la debilidad, sino porque el Reino opera con principios que no pueden ser ignorados sin consecuencias.

En este punto, muchos creyentes enfrentan una lucha interna. Aman a Dios, oran, creen, pero no han desarrollado hábitos que sostengan lo que desean construir. Quieren resultados del Reino con prácticas desordenadas. Esperan fruto sin disciplina. Pero el Reino no funciona por deseos sinceros, sino por obediencia constante.

La diligencia no es enemiga del descanso; es su aliada. Solo el que trabaja con constancia puede descansar con paz. El perezoso nunca descansa verdaderamente, porque siempre está huyendo de lo que debería hacer. El diligente, en cambio, aprende a descansar sabiendo que está siendo fiel en su responsabilidad.

Sabiduría, estrategia y diligencia forman una tríada inseparable en la vida del emprendedor del Reino. La sabiduría discierne el camino, la estrategia lo organiza y la diligencia lo recorre. Cuando uno de estos elementos falta, el

proyecto se debilita. Cuando los tres están presentes, el avance se vuelve sostenible.

Es claro que el Reino no desprecia la preparación, la planificación ni la constancia. Al contrario, las demanda como expresiones de fidelidad. Nosotros, debemos cultivar estos principios sin caer en el control, debemos mantener una espiritualidad viva en medio de la organización, evitando que la excelencia se transforme en orgullo o autosuficiencia.

Uno de los riesgos más frecuentes cuando se habla de planificación, estrategia y diligencia es deslizarse, casi sin notarlo, hacia una espiritualidad centrada en el control. El creyente comienza confiando en Dios, pero a medida que el proyecto crece, la confianza se desplaza lentamente hacia los métodos, los sistemas y la propia capacidad. La sabiduría del Reino, sin embargo, nunca conduce a la autosuficiencia; conduce a una dependencia más madura.

Existe una diferencia profunda entre orden y control. El orden nace de la obediencia; el control nace del temor. El orden reconoce que Dios gobierna y, desde esa certeza, organiza lo que ha sido confiado. El control, en cambio, intenta anticiparse a todo para evitar cualquier riesgo. Mientras el orden produce paz, el control produce ansiedad. Mientras el orden libera, el control esclaviza.

La sabiduría bíblica enseña a planificar con humildad. Santiago advierte contra la soberbia de quienes trazan planes sin considerar la voluntad de Dios. No condena la

planificación, sino la arrogancia que la excluye a Dios. “Si el Señor quiere” no es una muletilla espiritual; es una postura del corazón. El creyente sabio proyecta, pero deja espacio para que Dios intervenga, redireccione o incluso detenga el avance.

Este equilibrio es esencial para sostener una vida productiva sin perder la comunión. Cuando la estrategia se vuelve rígida, la sensibilidad espiritual se apaga. Cuando la agenda gobierna, la voz del Espíritu se vuelve secundaria. El emprendedor del Reino debe aprender a revisar sus planes no solo a la luz de los resultados, sino a la luz de la paz interior y del testimonio del Espíritu Santo.

La diligencia, por su parte, necesita ser purificada de la ansiedad por rendimiento. El sistema suele medir el valor del individuo por su productividad constante. El Reino, en cambio, valora la fidelidad. No todo tiempo improductivo es pérdida; a veces es preparación. No toda pausa es retroceso; a veces es dirección divina. La diligencia del Reino sabe trabajar... y sabe detenerse cuando Dios lo indica.

Aquí se manifiesta una madurez espiritual profunda: discernir cuándo insistir y cuándo soltar. La necedad insiste por orgullo; la pereza se detiene por comodidad. La sabiduría discierne. Este discernimiento no se aprende en libros, sino en la práctica, caminando con Dios, escuchando Su voz y aceptando correcciones.

Otro aspecto clave es comprender que la excelencia no es sinónimo de perfección. La búsqueda obsesiva de lo perfecto suele esconder temor al error o necesidad de aprobación. La excelencia del Reino, en cambio, nace del deseo de honrar a Dios con lo que se hace, aun sabiendo que siempre habrá margen de mejora. Esta excelencia es humilde, enseñable y flexible.

El creyente que camina en sabiduría no se avergüenza de aprender. Reconoce límites, busca consejo y acepta procesos de formación. La Escritura afirma que en la multitud de consejeros hay seguridad. Esta verdad es especialmente relevante en el mercado, donde el aislamiento suele preceder a las grandes caídas. El orgullo no siempre se manifiesta en arrogancia; muchas veces se expresa en autosuficiencia silenciosa.

La estrategia del Reino también contempla el largo plazo. El sistema suele operar desde la urgencia; el Reino desde la permanencia. Esto no significa lentitud, sino profundidad. El creyente que piensa a largo plazo no sacrifica principios por resultados inmediatos. Sabe que lo que se construye rápido sin fundamento se derrumba con facilidad.

La diligencia sostenida en el tiempo forma carácter. Y el carácter es lo que sostiene la autoridad espiritual cuando los resultados visibles fluctúan. Muchos proyectos fracasan no porque la idea fuera mala, sino porque el carácter del líder no pudo sostener la presión del crecimiento. Por eso, Dios a

menudo permite procesos lentos: no para frustrar, sino para formar.

Sabiduría, estrategia y diligencia también protegen al creyente del agotamiento espiritual. Cuando todo depende del esfuerzo humano, el desgaste es inevitable. Pero cuando el trabajo fluye desde una vida ordenada, una estrategia clara y una diligencia equilibrada, el yugo se vuelve liviano. No porque haya menos responsabilidades, sino porque están bien distribuidas.

La Iglesia necesita formar creyentes que entiendan que la espiritualidad no se opone a la organización, ni la fe a la preparación. Una espiritualidad desordenada no glorifica a Dios; lo expone a confusión. El Reino se manifiesta con poder, pero también con coherencia. Con unción, pero también con sabiduría.

Este capítulo nos deja una enseñanza clara y desafiante: no basta con tener buenas ideas ni con orar correctamente; es necesario caminar con sabiduría, pensar estratégicamente y vivir con diligencia. Estos principios no apagan la fe; la sostienen. No reemplazan la dependencia de Dios; la maduran.

Desde aquí, el libro avanza hacia una dimensión aún más visible del Reino: el trabajo cotidiano como testimonio vivo. Allí donde la fe deja de ser discurso y se convierte en conducta observable. Ese será el foco del próximo capítulo.

***"Todo lo que halles para hacer con tus manos, hazlo
según tus fuerzas".***

Eclesiastés 9:10



PARTE III
**MANIFESTACIÓN:
EL REINO EN
EL MERCADO**

Capítulo siete

El Trabajo como Altar Y Testimonio

“Hagan lo que hagan, trabajen de buena gana, como para el Señor y no como para nadie en este mundo, conscientes de que el Señor los recompensará con la herencia. Ustedes sirven a Cristo el Señor.”

Colosenses 3:23 y 24

Una de las verdades más olvidadas, y al mismo tiempo, más transformadoras del Evangelio, es que Dios no solo observa lo que hacemos en el templo, sino también lo que hacemos cuando nadie “espiritualmente” nos está mirando. La fe cristiana no fue diseñada para expresarse únicamente en momentos litúrgicos, sino para manifestarse en la vida cotidiana, en lo ordinario, en lo repetitivo, en aquello que ocupa la mayor parte de nuestros días como: “el trabajo en el mercado”.

Durante siglos, la espiritualidad fue asociada casi exclusivamente a actividades explícitamente religiosas. Orar, ayunar, congregarse y servir en la Iglesia fueron

considerados actos santos, mientras que el trabajo quedó relegado a un plano meramente funcional, necesario para sostener la “verdadera” vida espiritual. Esta visión no solo es incompleta; es profundamente antibíblica. El Reino de Dios no separa lo sagrado de lo cotidiano: lo integra.

La Escritura declara con claridad que todo lo que hagamos debe ser hecho como para el Señor. Esta afirmación no es retórica ni simbólica; es una redefinición radical de la vida diaria. Si todo puede hacerse para el Señor, entonces todo puede convertirse en un acto de adoración. El altar ya no está limitado a un espacio físico; se traslada al escritorio, al taller, al aula, a la empresa, al campo, al mercado.

Comprender el trabajo como altar transforma por completo la motivación. El creyente deja de trabajar solo por necesidad, reconocimiento o progreso personal, y comienza a trabajar desde una conciencia de presencia divina. No porque Dios lo vigile, sino porque Dios lo acompaña. El trabajo deja de ser un espacio neutro y se convierte en un lugar de encuentro con Dios.

Este cambio de perspectiva no hace el trabajo más fácil, pero lo hace más significativo. Las tareas rutinarias ya no son una carga sin sentido; se convierten en oportunidades de fidelidad. Las decisiones pequeñas adquieren peso espiritual. La excelencia deja de ser una estrategia para destacar y se convierte en una forma de honrar a Dios.

Aquí aparece una verdad que confronta profundamente a la Iglesia: el testimonio cristiano más fuerte no suele darse en el púlpito, sino en la coherencia diaria. Las personas no evalúan nuestra fe por lo que decimos en un culto, sino por cómo actuamos bajo presión, cómo tratamos a otros, cómo cumplimos compromisos, cómo respondemos a la injusticia y cómo manejamos el poder, el dinero y la autoridad.

El lugar de trabajo se convierte, así, en un púlpito silencioso. No necesita micrófono ni escenario. Predica sin palabras. Cada actitud comunica algo. Cada decisión revela una fuente. Cada respuesta deja ver quién gobierna realmente el corazón. El creyente no anuncia el Reino solo con discursos, sino con una vida alineada.

Este testimonio no se construye de un día para otro. Se edifica con constancia. Con puntualidad cuando nadie controla. Con honestidad cuando la trampa parece más conveniente. Con respeto cuando el entorno es hostil. Con integridad cuando el sistema normaliza la corrupción. Estas elecciones, aunque pequeñas en apariencia, tienen un impacto eterno.

La ética cristiana no es un código moral externo; es la manifestación visible de una vida rendida a Dios. En el mercado, esta ética se vuelve especialmente relevante. Allí donde la competencia presiona, donde el lucro tienta, donde la injusticia se disfraza de normalidad, el creyente es llamado a vivir diferente. No para mostrarse superior, sino para reflejar otro Reino.

Trabajar como para el Señor no significa predicar constantemente ni imponer creencias. Significa trabajar bien. Cumplir la palabra dada. Respetar la dignidad de las personas. Administrar con justicia. Liderar con humildad. Servir con disposición. Estas actitudes abren puertas que ningún discurso podría abrir.

Esa es la base de nuestra autoridad ante la gente. Ante Dios es caminar en el centro de Su perfecta voluntad, pero ante la gente es la integridad que demostramos, porque nadie está dispuesto a escuchar a los irresponsables, informales, desordenados o incumplidores.

Es importante comprender que el testimonio cristiano no siempre será celebrado. En muchos contextos, vivir con integridad implica nadar contra la corriente. Implica decir no cuando otros dicen sí. Implica perder oportunidades que exigen comprometer principios. Implica pagar precios que el sistema considera innecesarios. Pero este costo no es pérdida; es inversión eterna.

El creyente que entiende su trabajo como altar no negocia su fe por conveniencia. No la exhibe con orgullo, pero tampoco la esconde por temor. Vive con coherencia. Esta coherencia produce respeto, aun en quienes no comparten la fe. Porque el mundo puede rechazar un mensaje, pero difícilmente ignore una vida consistente.

Otro aspecto esencial es reconocer que el trabajo revela el estado del corazón. Cuando el trabajo se convierte

en ídolo, absorbe la identidad, roba el descanso y desplaza a Dios. Cuando se vive como carga, produce frustración constante. Pero cuando se vive como altar, se ordena. Ocupa su lugar correcto. Es importante, pero no absoluto. Es significativo, pero no definitivo.

La fe que se expresa en el trabajo cotidiano es una fe madura. No depende de estímulos externos ni de contextos favorables. Se sostiene en convicciones internas. El creyente aprende a glorificar a Dios no solo cuando las cosas salen bien, sino también cuando enfrenta injusticias, fracasos o temporadas de anonimato.

Cuando el trabajo es entendido como altar, la integridad deja de ser una opción y se convierte en una convicción. El creyente ya no actúa correctamente solo cuando es observado, sino porque vive delante de Dios. Esta conciencia transforma la ética personal en una expresión de adoración. No se trata de cumplir reglas, sino de honrar una relación. El temor de Dios, lejos de producir rigidez, ordena el corazón y da libertad interior.

En el mercado, la integridad suele ser puesta a prueba en decisiones pequeñas, casi imperceptibles. Ajustes mínimos, atajos aceptados, silencios convenientes. Nada de esto parece grave en el momento, pero cada concesión va erosionando la coherencia espiritual. El altar se contamina no de golpe, sino por acumulación. Por eso, la fidelidad cotidiana es una de las expresiones más altas de la fe madura.

La coherencia entre lo que se cree y lo que se vive es el lenguaje más poderoso del Reino. El mundo puede discutir doctrinas, pero observa conductas. Puede cuestionar creencias, pero evalúa actitudes. Cuando el creyente responde con justicia donde otros se aprovechan, con mansedumbre donde otros reaccionan, con verdad donde otros mienten, el Reino se vuelve visible sin necesidad de ser anunciado.

Esta visibilidad no busca aprobación, pero inevitablemente genera impacto. Algunos se sentirán atraídos, otros confrontados. La luz siempre produce reacción. Sin embargo, el llamado del creyente no es controlar la respuesta, sino ser fiel al testimonio. El altar del trabajo no existe para impresionar, sino para agradecer a Dios.

Un peligro constante es permitir que el trabajo desplace a Dios del centro. Esto ocurre no solo cuando el éxito llega, sino también cuando el trabajo se vuelve refugio emocional. El cansancio, la presión y la búsqueda de resultados pueden consumir el tiempo, la energía y la atención del creyente, dejando la comunión relegada a los márgenes. En ese punto, el altar se invierte: Dios queda al servicio del proyecto, en lugar de que el proyecto esté al servicio de Dios.

Reconocer este riesgo es un acto de humildad. Nadie está exento. Por eso, el creyente necesita aprender a evaluar no solo lo que hace, sino desde dónde lo hace. ¿Trabaja desde la paz o desde la ansiedad? ¿Desde la obediencia o desde la

necesidad de validación? ¿Desde la fe o desde el temor a perder? Estas preguntas revelan si el altar está alineado.

El descanso también forma parte del testimonio. Un creyente que no sabe descansar comunica, aun sin palabras, que su seguridad no está en Dios. El descanso bíblico no es pereza; es confianza. Es reconocer límites y honrar el ritmo que Dios estableció. En un sistema que glorifica el agotamiento, el descanso ordenado se convierte en una declaración profética.

El trabajo como altar también redefine el liderazgo. Liderar no es dominar, sino servir. No es usar a las personas, sino cuidarlas. El creyente que lidera desde el Reino entiende que las personas no son recursos, sino prójimos. Esta convicción transforma la cultura laboral. Produce ambientes más sanos, decisiones más justas y relaciones más humanas.

En contextos donde la injusticia es normalizada, el testimonio del Reino puede implicar confrontación. No toda confrontación es verbal; muchas veces es simplemente negarse a participar de prácticas corruptas. Esta postura puede traer consecuencias temporales, pero preserva la autoridad espiritual. El creyente que pierde una oportunidad por fidelidad no pierde delante de Dios.

El trabajo como altar también enseña a vivir con gratitud. Agradecer por la oportunidad de trabajar, de crear, de servir, aun en medio de desafíos. La gratitud guarda el corazón del resentimiento y la queja, actitudes que

contaminan el testimonio. Un creyente amargado, aunque tenga razón, pierde capacidad de influencia.

Finalmente, el testimonio del Reino en el trabajo no se mide por cuántas personas se convierten a través de él, sino por cuán fiel es el creyente a Cristo en ese espacio. La conversión es obra de Dios; la coherencia es responsabilidad del hijo. Cuando la Iglesia entiende esto, se libera de la presión del resultado y se enfoca en la obediencia.

Este capítulo nos recuerda que el lugar donde pasamos la mayor parte de nuestra vida no es ajeno al Reino. Es uno de sus escenarios principales. El trabajo no es un paréntesis entre momentos espirituales; es parte de la vida espiritual. Allí se revela si la fe es real, madura y encarnada.

Desde esta base, el libro avanza hacia una reflexión necesaria sobre la prosperidad y el dinero, abordando cómo crecer sin idolatrar, cómo administrar sin perder el corazón y cómo usar los recursos como herramientas del Reino y no como sustitutos de Dios. Ese será el foco del próximo capítulo.

***“Pon en manos del Señor todas tus obras
y tus proyectos se cumplirán.”***

Proverbios 16:3



Capítulo ocho

Prosperar Sin idolatrar

“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o se inclinará a uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.”

Mateo 6:24

Hablar de prosperidad en la Iglesia siempre ha sido un terreno sensible. A lo largo del tiempo, se han producido excesos, distorsiones y reacciones extremas. Algunos han absolutizado la prosperidad hasta convertirla en medida de espiritualidad; otros la han rechazado casi por completo, asociándola con mundanalidad o desvío espiritual. Sin embargo, el problema nunca fue la prosperidad en sí, sino el lugar que ocupa el dinero en el corazón.

La Biblia no presenta el dinero como enemigo, sino como un siervo peligroso cuando se le permite ocupar el trono. El amor al dinero, no el dinero en sí, es identificado como raíz de males (**1 Timoteo 6:10**). Esta distinción es

crucial. El dinero es una herramienta poderosa: puede servir al Reino o reemplazarlo. Puede bendecir o esclavizar. Puede liberar o dominar. Todo depende de quién gobierna a quién.

Prosperar, desde una perspectiva bíblica, no significa acumular sin límites, ni garantizar comodidad permanente. Prosperar es avanzar conforme al propósito de Dios, con provisión suficiente para obedecerlo plenamente. Es tener lo necesario para cumplir el llamado, no para construir una identidad paralela. Cuando la prosperidad se convierte en identidad, deja de ser bendición y se transforma en carga.

Uno de los grandes engaños del sistema es presentar la prosperidad como seguridad. Se enseña que tener más reduce el riesgo, garantiza el futuro y otorga control. El Reino, en cambio, enseña que la verdadera seguridad proviene de Dios. La prosperidad del Reino no elimina la dependencia; la profundiza. Cuanto más se recibe, mayor es la responsabilidad de administrar con temor de Dios.

Jesús confrontó con claridad la ilusión de seguridad que produce la riqueza. No porque despreciara los recursos, sino porque conocía el corazón humano. Sabía cuán fácilmente lo material puede desplazar lo espiritual. Por eso advirtió que nadie puede servir a dos señores. El problema no es tener bienes, sino permitir que los bienes nos tengan.

La prosperidad con propósito no busca la acumulación como fin, sino la expansión del bien. Dios bendice para bendecir. Este principio atraviesa toda la Escritura. La

bendición nunca fue pensada como un estanque, sino como un río. Cuando la prosperidad se estanca, se corrompe. Cuando fluye, da vida.

Aquí aparece un concepto esencial para el creyente en el mercado: el dinero como herramienta del Reino. Una herramienta no define la identidad del obrero; sirve al propósito del obrero. Cuando el creyente entiende esto, puede usar el dinero sin temor y sin idolatría. Puede administrarlo con libertad, sin culpa cuando hay abundancia ni vergüenza cuando hay escasez.

La idolatría no siempre se manifiesta en amor explícito al dinero. Muchas veces se expresa en preocupación constante, en ansiedad por perder, en necesidad de control, en dificultad para soltar. El corazón idolatra aquello de lo que depende para sentirse seguro. Por eso, incluso la escasez puede ser un espacio de idolatría si el corazón vive dominado por el temor.

Prosperar sin idolatrar requiere una disciplina espiritual profunda: aprender a dar. La generosidad no es solo un acto económico; es una declaración espiritual. Cada vez que el creyente da, rompe el poder del dinero sobre su corazón. Declara que su confianza está en Dios y no en la acumulación. La generosidad ordena la prosperidad.

La Escritura muestra que Dios observa no solo cuánto damos, sino desde dónde damos. Dar por obligación no libera; dar por fe transforma. La generosidad del Reino no

nace de la abundancia, sino de la convicción. Por eso, Jesús destacó la ofrenda de la viuda: no por su monto, sino por su corazón.

Prosperar sin idolatrar también implica administrar con justicia. No todo lo que es legal es justo. El Reino llama a una ética superior. Pagar lo justo, honrar compromisos, no aprovecharse del débil, no construir riqueza sobre la injusticia. Estas decisiones, aunque costosas en el corto plazo, preservan la autoridad espiritual en el largo plazo.

Aquí la prosperidad se conecta con la responsabilidad social. El creyente no puede ignorar el impacto de sus decisiones económicas en otros. La prosperidad del Reino no es indiferente al dolor ajeno. No busca enriquecerse a costa de otros, sino prosperar junto con otros. Este enfoque no es ideológico; es profundamente bíblico.

Otro riesgo es medir la bendición solo por resultados visibles. El sistema celebra el crecimiento externo; el Reino observa el estado del corazón. Un creyente puede prosperar externamente y empobrecerse internamente si pierde la comunión, la humildad y el temor de Dios. La verdadera prosperidad incluye paz, contentamiento y libertad interior.

La Iglesia necesita enseñar una visión equilibrada de la prosperidad. No una prosperidad centrada en el consumo, ni una espiritualidad que glorifique la carencia. El Reino no idolatra la riqueza ni la pobreza. Honra la obediencia. Bendice la fidelidad. Sostiene al corazón rendido.

Debemos tener en claro que prosperar no es pecado, idolatrar sí. La prosperidad del Reino es una herramienta para cumplir propósito eterno, no un fin en sí misma. Ahora veremos cómo manejar el crecimiento sin perder el alma, cómo vivir en contentamiento en toda circunstancia y cómo usar los recursos como instrumentos de justicia, generosidad y esperanza.

El verdadero desafío de la prosperidad no aparece cuando falta, sino cuando llega. La escasez suele empujar al creyente a clamar a Dios; la abundancia, en cambio, puede empujarlo a olvidarse de Él si el corazón no está firmemente arraigado. Por eso la Escritura advierte con tanta claridad sobre los peligros del bienestar mal administrado. No porque Dios tema bendecir, sino porque conoce la fragilidad del corazón humano.

Prosperar sin idolatrar requiere aprender a vivir con contentamiento. El contentamiento bíblico no es resignación ni conformismo pasivo; es descanso interior. Es la capacidad de disfrutar lo que Dios provee sin vivir obsesionado por lo que falta. El creyente contento puede avanzar, crecer y proyectar sin que su paz dependa del resultado. Esta libertad interior es una de las marcas más claras de una prosperidad saludable.

El sistema, por el contrario, nunca promueve el contentamiento. Siempre hay un “más” que alcanzar, un nuevo estándar que cumplir, una comparación que sostener. Esta carrera constante desgasta el alma y produce una

insatisfacción crónica. El Reino rompe este ciclo al redefinir el valor de la vida. El creyente deja de vivir para acumular y comienza a vivir para obedecer.

Aquí se revela otra clave esencial: la gratitud. La gratitud es una disciplina espiritual que protege el corazón de la idolatría. El agradecido reconoce la fuente de lo que tiene. No se apropia de la gloria ni se queja por lo que aún no llegó. La gratitud transforma la prosperidad en adoración y la escasez en esperanza.

La prosperidad del Reino también se expresa en la capacidad de sostener la fidelidad en todas las estaciones. Hay tiempos de abundancia y tiempos de ajuste. El creyente maduro aprende a vivir ambos con equilibrio. No se enorgullece cuando prospera ni se avergüenza cuando enfrenta limitaciones. Su identidad no fluctúa con la economía, porque está anclada en Cristo.

Un aspecto profundamente espiritual, y a menudo ignorado, es la forma en que el creyente maneja el crecimiento. Cuando los recursos aumentan, también aumentan las decisiones, las oportunidades y las tentaciones. El crecimiento amplifica lo que ya existe en el corazón. Si hay humildad, se profundiza. Si hay orgullo, se expone. Por eso, crecer sin perder el alma exige una vigilancia constante del interior.

Prosperar sin idolatrar implica aprender a soltar. Soltar recursos, soltar control, soltar expectativas rígidas. El

creyente que no puede soltar revela dependencia. El que aprende a soltar demuestra confianza. Dios suele probar el corazón no quitando, sino pidiendo. Y muchas veces, la obediencia en el soltar abre puertas que la retención nunca podría abrir.

La generosidad, en este punto, deja de ser un concepto y se convierte en una forma de vida. No se limita a dar dinero; incluye dar tiempo, oportunidades, perdón, recursos y favor. El creyente próspero en el Reino es consciente de que su prosperidad tiene impacto más allá de sí mismo. Se pregunta a quién puede bendecir, no solo cuánto puede acumular.

La justicia también es una expresión inseparable de la prosperidad del Reino. No puede haber verdadera bendición donde hay abuso, engaño o explotación. El creyente que prospera a costa de otros compromete su testimonio, aunque logre éxito visible. Dios no necesita injusticia para bendecir a sus hijos. Cuando la prosperidad exige sacrificar principios, deja de ser bendición.

Otro riesgo frecuente es espiritualizar el crecimiento económico sin examinar el corazón. No todo aumento es aprobación divina. A veces, Dios permite ciertos avances para revelar actitudes ocultas. El creyente sabio no interpreta automáticamente el éxito como señal de alineación. Examina su comunión, su obediencia y su fruto espiritual.

Prosperar sin idolatrar también significa vivir con una mirada escatológica. El creyente recuerda que nada de lo que

posee es eterno. Todo es transitorio. Esta conciencia no produce desapego irresponsable, sino administración sabia. Se trabaja con excelencia, se invierte con visión, pero sin olvidar que la verdadera herencia está reservada en la plenitud eterna.

Esta perspectiva libera al creyente del temor a perder. Cuando se sabe que lo eterno no puede ser quitado, lo temporal pierde su poder de esclavizar. El creyente puede emprender con valentía, dar con generosidad y vivir con gozo, porque su esperanza no está en lo que posee, sino en Aquel a quien pertenece.

La Iglesia necesita volver a enseñar esta visión integral de la prosperidad. No una prosperidad superficial, centrada en el consumo, ni una espiritualidad que glorifique la carencia. El Reino llama a una prosperidad sobria, generosa, justa y sometida a Cristo. Una prosperidad que bendice sin corromper y que edifica sin desplazar a Dios.

Es claro que Dios no tiene problemas con bendecir a sus hijos; el problema surge cuando los hijos olvidan al Dador. Prosperar sin idolatrar es posible cuando Cristo permanece en el centro, el corazón se mantiene rendido y los recursos son administrados con temor de Dios.

“Vi, además, que tanto el afán como el éxito en la vida despiertan envidias. Y también esto es vanidad; ¡es correr tras el viento!”

Eclesiastés 4:4

Capítulo nueve

Emprender en Tiempos Difíciles

“Y Dios puede hacer que toda gracia abunde para ustedes, de manera que siempre, en toda circunstancia, tengan todo lo necesario y toda buena obra abunde en ustedes.”

2 Corintios 9:8

Los tiempos difíciles no son una anomalía en la historia humana; son una constante. A lo largo de las Escrituras, las crisis aparecen como escenarios recurrentes donde se revela no solo la fragilidad de los sistemas humanos, sino también la fidelidad de Dios y la madurez, o inmadurez, de su pueblo. Lo que cambia no es la existencia de la crisis, sino la manera en que se la enfrenta. Y allí se manifiesta la diferencia entre vivir desde el miedo o gobernar desde el Reino.

La crisis tiene un lenguaje propio. Habla de escasez, de amenaza, de incertidumbre, de pérdida de control. El sistema amplifica ese lenguaje y lo convierte en narrativa dominante. Produce ansiedad colectiva, decisiones reactivas

y conductas defensivas. En ese contexto, muchos paralizan, otros especulan, y otros buscan salvarse a sí mismos como prioridad absoluta. Sin embargo, el Reino de Dios no se mueve por narrativas de pánico, sino por revelación.

Emprender en tiempos difíciles no significa negar la realidad ni espiritualizar el problema. Significa discernir la realidad desde otra fuente. El creyente del Reino no ignora los datos, pero tampoco se somete a ellos como autoridad final. Observa, evalúa, ora y decide desde convicciones eternas. Mientras el sistema reacciona, el Reino responde.

La Biblia nos muestra que las crisis, lejos de anular el propósito de Dios, muchas veces lo aceleran. José no llegó a gobernar Egipto en un tiempo de estabilidad, sino en el umbral de una hambruna global. Daniel no fue promovido en un sistema favorable, sino en medio de imperios hostiles a su fe. Estos relatos no glorifican la crisis, pero revelan que Dios no está ausente en ella.

Una de las primeras reacciones humanas frente a la dificultad es el miedo. El miedo reduce la visión, achica la fe y distorsiona las decisiones. Bajo su influencia, el creyente puede abandonar principios, apresurarse a tomar atajos o paralizarse completamente. Por eso, la Escritura insiste tanto en no temer. No como negación emocional, sino como decisión espiritual.

El miedo lleva a vivir en modo supervivencia. El Reino llama a vivir en modo mayordomía aun en la escasez. El

sobreviviente piensa solo en resistir; el mayordomo piensa en administrar. El sobreviviente se cierra; el mayordomo se ordena. El sobreviviente reacciona; el mayordomo discierne. Esta diferencia es crucial en tiempos difíciles.

Emprender en crisis no significa lanzarse a proyectos sin fundamento ni asumir riesgos imprudentes. Significa estar atento a lo que Dios está haciendo en medio del caos. Las crisis sacuden estructuras, revelan necesidades ocultas y abren espacios que antes estaban cerrados. El sistema ve solo pérdida; el Reino discierne oportunidades de servicio y gobierno.

Aquí es importante aclarar algo fundamental: el creyente no se aprovecha del dolor ajeno. La oportunidad del Reino no nace de la especulación, sino de la compasión y la obediencia. No se trata de ganar más cuando otros pierden, sino de servir mejor cuando otros fallan. La ética del Reino no se suspende en la crisis; se vuelve más necesaria.

La crisis también expone la calidad de los fundamentos. Lo que fue construido sobre arena se derrumba; lo que fue edificado sobre la roca resiste. Muchos proyectos fracasan en tiempos difíciles no porque la idea fuera mala, sino porque el fundamento era débil. La crisis no crea el problema; lo revela. Por eso, lejos de ser solo una amenaza, la crisis puede convertirse en un tiempo de purificación.

El creyente del Reino aprende a hacer preguntas distintas en tiempos de dificultad. No pregunta solo “¿cómo sobrevivo?”, sino “¿qué me está confiando Dios en este tiempo?”. No pregunta únicamente “¿cómo protejo lo mío?”, sino “¿cómo administro fielmente lo que tengo?”. Estas preguntas cambian el enfoque y abren la puerta a decisiones más sabias.

Otro peligro frecuente en tiempos difíciles es la especulación. El sistema responde a la incertidumbre con apuestas impulsivas, movimientos apresurados y promesas vacías. El Reino, en cambio, llama a la prudencia. La fe no elimina la cautela; la dirige. El creyente no avanza por desesperación, sino por convicción.

La Escritura enseña que el justo vive por la fe, no por la vista. Esto no significa ignorar la realidad, sino no permitir que lo visible gobierne lo invisible. En tiempos de crisis, la fe madura se vuelve más profunda. Se apoya menos en resultados inmediatos y más en la fidelidad de Dios. Esta fe no es pasiva; es estable.

La preparación es otra clave fundamental. José no improvisó una respuesta cuando llegó la hambruna; había discernido el tiempo y se había preparado. La preparación no es falta de fe; es expresión de sabiduría. El creyente que se prepara honra a Dios porque reconoce que la revelación trae responsabilidad.

Muchos creyentes fracasan en tiempos difíciles no porque Dios no les hable, sino porque no escuchan a tiempo. La crisis suele amplificar lo que ya se venía gestando. El creyente sensible aprende a leer las señales antes de que el colapso sea total. No para vivir en paranoia, sino en discernimiento.

En otras palabras, los tiempos difíciles no cancelan el llamado del Reino; lo revelan. No son excusa para el miedo ni licencia para la especulación, sino una oportunidad para vivir con discernimiento, fidelidad y esperanza. Debemos prepararnos para actuar sin perder la esperanza eterna, gobernar sin endurecer el corazón y avanzar con fe en medio de sistemas hostiles.

Prepararse en tiempos difíciles no significa vivir dominados por la ansiedad del futuro, sino asumir con responsabilidad el presente. La preparación bíblica no nace del miedo, sino del discernimiento. José no almacenó grano porque desconfiara de Dios, sino porque había recibido una revelación clara y asumió la responsabilidad que esa revelación implicaba. La fe auténtica no espera pasivamente que Dios actúe; coopera activamente con lo que Dios revela.

La preparación del Reino siempre tiene un propósito mayor que la autopreservación. No se trata solo de sobrevivir a la crisis, sino de convertirse en instrumento de provisión para otros. José fue preparado no solo para salvarse a sí mismo, sino para sostener a naciones enteras. Esta dimensión nos confronta profundamente, porque el sistema enseña a

prepararse para uno mismo, mientras que el Reino llama a prepararse para servir.

En tiempos difíciles, Dios forma líderes con corazón de siervo. La crisis revela quién busca posición y quién asume responsabilidad. El que solo anhela estabilidad personal se encierra; el que entiende el llamado del Reino se abre al servicio. Esta apertura no es ingenuidad; es obediencia. Dios no confía recursos a quienes solo piensan en protegerlos, sino a quienes están dispuestos a administrarlos para bendición de otros.

Otro aspecto clave es aprender a gobernar sin endurecer el corazón. La presión constante puede volver al creyente defensivo, frío o cínico. Cuando esto ocurre, la fe se vuelve funcional, pero pierde compasión. Sin embargo, el Reino no se manifiesta solo con eficiencia; se manifiesta con misericordia. Jesús nunca sacrificó la compasión en nombre de la prudencia.

Gobernar espiritualmente en tiempos difíciles implica mantener el corazón sensible. Sensible al dolor ajeno, a la voz de Dios y a la propia fragilidad. El creyente que se endurece para “aguantar” termina perdiendo la capacidad de discernir. El que permanece sensible, aunque sufra, conserva la claridad espiritual.

La esperanza eterna juega aquí un papel fundamental. Sin una perspectiva escatológica, la crisis se vuelve absoluta. Todo parece definitivo, todo parece urgente, todo parece

determinante. Pero cuando recordamos que este mundo no es el final de la historia, la presión se ordena. No desaparece, pero deja de gobernarnos.

La esperanza eterna no produce evasión; produce estabilidad. Como hijos de Dios sabemos que nuestras decisiones importan, pero también sabemos que ninguna crisis tiene la última palabra. Esta certeza nos permite actuar con firmeza sin caer en desesperación, y avanzar con prudencia sin paralizarnos.

Empezar en tiempos difíciles también exige aprender a decir no. No a proyectos nacidos del pánico. No a alianzas que comprometen principios. No a atajos que prometen alivio inmediato a costa de la integridad. La crisis no justifica la desobediencia. Al contrario, la debe volver más visible.

Daniel es un ejemplo poderoso de esta verdad. Vivió bajo sistemas hostiles, enfrentó decretos injustos y presiones extremas, pero nunca negoció su fidelidad. No fue imprudente, pero tampoco fue complaciente. Su testimonio nos enseña que es posible prosperar en sistemas adversos sin perder la identidad ni el temor de Dios.

Los hijos del Reino aprendemos a avanzar sin especular. No nos movemos por rumores, ni por tendencias, ni por miedo colectivo. Nos movemos por convicción. Esta postura puede parecer lenta en un mundo acelerado, pero produce frutos estables. La fe madura no se apura; discierne.

Otro aprendizaje crucial en tiempos difíciles es la administración de la esperanza. Los hijos de Dios no prometemos lo que no podemos cumplir ni alimentamos expectativas irreales. La esperanza del Reino no es ilusión; es confianza en Dios aun cuando el camino es estrecho. Esta esperanza sobria fortalece a otros, porque no engaña ni manipula.

En la crisis, la Iglesia tiene una oportunidad única de mostrar un Reino diferente. Un Reino que no niega la realidad, pero tampoco se rinde ante ella. Un Reino que no explota el dolor, sino que lo acompaña. Un Reino que no se esconde, sino que se hace presente con sabiduría, justicia y compasión.

Muchos testimonios más poderosos nacen en tiempos difíciles. No porque la crisis sea deseable, sino porque revela lo que estaba oculto. Revela convicciones, prioridades, fuentes y fundamentos. El creyente que atraviesa la dificultad con fe y coherencia se convierte en señal viva de que Dios sigue gobernando.

Este capítulo nos deja una verdad profunda y desafiante: los tiempos difíciles no son una interrupción del propósito de Dios, sino un escenario donde ese propósito se manifiesta con mayor claridad. El Reino no retrocede en la crisis; se purifica, se afirma y avanza de otra manera.



PARTE IV
**SABIDURÍA DE REINO:
ADVERTENCIAS NECESARIAS**

Capítulo diez

Cuando el emprendimiento Reemplaza al Reino

“Así que, primero busquen el reino de Dios y su justicia, y Dios les dará todo lo que necesitan.”

Mateo 6:33 PDT

Uno de los peligros más sutiles y menos confrontados dentro de la vida cristiana es la posibilidad de que algo nacido bajo la bendición de Dios termine ocupando el lugar que solo a Dios le corresponde. No ocurre de manera repentina ni evidente. No comienza como rebelión abierta, sino como un desplazamiento silencioso. El emprendimiento, aun cuando haya surgido de una idea inspirada, puede convertirse en un sustituto del Reino si no es constantemente rendido al señorío de Cristo.

Este desplazamiento rara vez se manifiesta en palabras. El creyente sigue confesando su fe, continúa orando, incluso agradeciendo a Dios por lo logrado. Pero el centro interno ha cambiado. El corazón ya no late al ritmo del Reino, sino al ritmo del proyecto. Las decisiones ya no se

miden por obediencia, sino por conveniencia. La pregunta deja de ser “¿qué quiere Dios?” y pasa a ser “¿qué conviene para que esto no se detenga?”.

El emprendimiento comienza a desplazar al Reino cuando el éxito se vuelve irrenunciable. Cuando el temor a perder lo construido supera el temor de Dios. Cuando la identidad se entrelaza con el resultado. En ese punto, el proyecto deja de ser un instrumento y se convierte en un fin. El creyente ya no sirve al Reino con su emprendimiento; sirve al emprendimiento en nombre del Reino.

Este es uno de los engaños más peligrosos porque no siempre se asocia con pecado visible. No hay escándalo, no hay inmoralidad manifiesta, no hay abandono explícito de la fe. Pero hay una pérdida progresiva de sensibilidad espiritual. La voz del Espíritu se vuelve incómoda cuando cuestiona. La corrección se percibe como amenaza. La comunión se reduce a lo funcional.

El activismo productivo es uno de los síntomas más claros de este desplazamiento. Mucha actividad, mucha agenda, muchos logros, pero poco silencio delante de Dios. Mucha eficiencia, pero poca intimidad. El creyente ya no descansa en Dios; descansa cuando todo está bajo control. Y cuando el control se pierde, la ansiedad gobierna.

La Escritura nos muestra que no todo crecimiento es señal de aprobación divina. Hay resultados que Dios permite, no porque los apruebe, sino porque respeta la libertad

humana. El éxito visible puede coexistir con una pobreza espiritual profunda. El corazón puede estar lejos de Dios aun cuando las manos estén llenas de frutos.

Jesús confrontó este engaño con dureza y amor. Advirtió que no todos los que hacen cosas en su nombre lo hacen desde una relación viva con Él. Esta advertencia no fue dirigida a incrédulos, sino a personas activas, comprometidas y productivas. Personas que hicieron mucho, pero se desconectaron del centro.

El emprendimiento desplaza al Reino cuando la comunión se vuelve secundaria. Cuando orar se convierte en una herramienta para sostener el proyecto y no en un espacio para rendirlo. Cuando la Palabra deja de confrontar y solo se utiliza para confirmar decisiones ya tomadas. Cuando el silencio delante de Dios incomoda porque expone desorden interior.

Otro síntoma evidente es la resistencia a soltar. El creyente comienza a creer que sin él el proyecto se derrumba. Confunde responsabilidad con indispensabilidad. Olvida que todo lo que existe es sostenido por Dios y no por su capacidad. En ese punto, la obra deja de ser un acto de fe y se convierte en una carga que esclaviza.

Este desplazamiento también se manifiesta en la forma de medir el éxito. Ya no se evalúa por fidelidad, obediencia o fruto espiritual, sino por crecimiento, visibilidad y reconocimiento. El Reino queda reducido a un discurso que

acompaña al proyecto, pero no lo gobierna. Cristo sigue siendo mencionado, pero ya no es el centro operativo.

El problema no es emprender ni crecer; es absolutizar. Dios no compite con los proyectos de sus hijos; compite con los ídolos. Cuando algo ocupa el lugar de dependencia, identidad y sentido que solo Él debe ocupar, se ha convertido en un ídolo, aunque lleve un nombre espiritual.

Este capítulo no busca desalentar el emprendimiento del Reino, sino protegerlo. No pretende generar culpa, sino discernimiento. Porque nada destruye más rápido una obra que nació de Dios que el olvido de Dios en el camino. Y nada honra más al Padre que un hijo dispuesto a rendirlo todo, aun lo que Él mismo le permitió construir.

Cuando el emprendimiento desplaza al Reino, aun sin pecado visible, la vida espiritual se empobrece. Debemos aprender a detectar estas señales a tiempo. Debemos volver al centro sin destruir lo construido, y debemos aprender a poner nuevamente a Cristo como Señor real de toda obra, si es que por los afanes nos deslizamos de esta verdad.

Detectar a tiempo cuando algo comenzó a desplazar al Reino es una gracia de Dios. No todos los desvíos son evidentes, y no todos los corazones están dispuestos a examinarse con honestidad. Sin embargo, el Espíritu Santo, en su fidelidad, suele encender alertas internas antes de que el daño sea irreversible. Escuchar esas advertencias es un acto de humildad; ignorarlas es un camino peligroso.

Una de las primeras señales es la pérdida del gozo espiritual. El creyente sigue siendo productivo, pero ya no disfruta la comunión. La oración se vuelve funcional, la lectura bíblica se reduce a lo necesario para “seguir adelante” y la adoración pierde profundidad. No hay pecado escandaloso, pero hay sequedad. El corazón sigue activo, pero no está siendo alimentado.

Otra señal clara es la dificultad para obedecer cuando Dios pide ajustes. El Espíritu habla, confronta, invita a detenerse o redirigir, pero la respuesta interna es resistencia. El creyente comienza a justificar su desobediencia con argumentos espirituales: “esto también es para Dios”, “no puedo frenar ahora”, “hay mucha gente que depende de esto”. Sin darse cuenta, el proyecto se ha vuelto intocable.

Aquí es importante decir algo con claridad magisterial: Dios nunca compite con el bien que hacemos, pero sí confronta aquello que reemplaza nuestra dependencia de Él. Cuando el corazón se aferra más a la obra que al Señor de la obra, el emprendimiento deja de ser bendición. Dios, en su amor, a veces permite tensiones, crisis o límites para volver a llamar la atención de nuestro corazón.

Volver al centro no significa necesariamente abandonar lo que hemos construido. Muchas veces implica reordenar. Volver al centro es devolver a Cristo el lugar de Señorío real, no solo confesado. Es permitirle hablar incluso cuando Su palabra nos incomoda. Es aceptar que Él tiene

autoridad para redefinir ritmos, prioridades y hasta el alcance de todo proyecto.

Este proceso suele incluir el acto de soltar el control. Reconocer que todo emprendimiento no depende de nosotros, que Dios puede sostenerlo, modificarlo o incluso cerrarlo si así lo decide. Este reconocimiento no es derrota; es libertad. Cuando vemos las cosas de esa manera dejamos de cargar con un peso que nunca fuimos diseñados para llevar solos.

Otro paso esencial para volver al centro es restaurar la comunión genuina. No la comunión apresurada, ni la espiritualidad utilitaria, sino el encuentro real con Dios. Tiempo sin agenda. Tiempo sin objetivos productivos. Tiempo donde el corazón se presenta sin máscaras. Allí, muchas veces, el Espíritu reordena lo que el activismo desordenó. Esto debe quedar fijado en nuestra mente: el mercado nunca debe ser el centro. “Jesucristo es el centro de nuestra vida”.

La humildad juega un rol clave en este proceso. Los hijos de Dios, siempre necesitaremos rodearnos de voces maduras que puedan hablarnos con verdad. El aislamiento es terreno fértil para el engaño. Dios usa a otros para confrontarnos, no para condenarnos, sino para protegernos. Escuchar consejo no debilita el propósito; lo preserva.

Es importante entender que el éxito no es una prueba de alineación, así como el fracaso no es una prueba de

desobediencia. El Reino se rige por criterios distintos. Volver al centro implica redefinir el éxito a la luz de la obediencia y la fidelidad, no de la visibilidad ni del crecimiento externo.

Cuando el emprendimiento vuelve a ocupar su lugar correcto, como instrumento y no como señor, algo se libera interiormente, porque volvemos a disfrutar el proceso. La ansiedad disminuye. La paz regresa. El emprendimiento deja de ser una carga y vuelve a ser una expresión de obediencia. El corazón se alinea y la fe se renueva.

Este reordenamiento también tiene impacto en el testimonio. Un creyente que vive desde la dependencia de Dios transmite descanso, no presión. Su liderazgo se vuelve más humano, más sensible, más accesible. El Reino se manifiesta no solo en lo que hacemos, sino en cómo lo hacemos.

El llamado final de este capítulo no es a reducir la actividad, sino a profundizar la comunión. No es a abandonar el mercado, sino a permanecer en él con el corazón en el cielo. No es a dejar de emprender, sino a hacerlo con Cristo en el centro, no solo al inicio, sino en cada etapa del camino.

Nada honra más a Dios que un hijo dispuesto a rendirle todo, incluso aquello que Él mismo le permitió construir. Y nada protege más una obra del Reino que un corazón que permanece postrado delante del Rey.

Capítulo once

El Engaño del Éxito Sin Obediencia

“El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en este verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo.”

1 Juan 2:4 al 6

Uno de los engaños más peligrosos para la vida espiritual no es el fracaso, sino el éxito desconectado de la obediencia. El fracaso suele llevar al creyente a examinarse, a volver a Dios, a buscar dirección. El éxito, en cambio, puede adormecer la conciencia espiritual, reforzar decisiones equivocadas y dar una falsa sensación de aprobación divina. Cuando el éxito llega sin obediencia, se convierte en un espejismo que confunde al corazón.

La obediencia es el lenguaje del Reino. No es una opción secundaria ni una etapa inicial que luego se supera.

Es el fundamento permanente de toda comunión sana con Dios. Sin obediencia, la fe se vacía de contenido y la espiritualidad se reduce a experiencia subjetiva. Por eso, cuando el éxito ocupa el lugar de la obediencia como criterio de validación, el creyente entra en terreno peligroso. Empezar en el mercado puede ser provocado por la fe, pero el éxito de toda inversión, no debe hacernos olvidar de quien es el fundamento de todo.

El mercado mide el valor por resultados visibles. El Reino mide la vida por alineación con la voluntad de Dios. Esta diferencia es crucial. El éxito puede ser celebrado por multitudes y, al mismo tiempo, ser desaprobado por el cielo. No todo lo que funciona está aprobado. No todo lo que crece está alineado. No todo lo que produce resultados honra a Dios.

La Escritura es clara al mostrar que Dios no se impresiona con logros externos cuando el corazón está lejos de Él. Hay emprendimientos que nacen de dones reales, de capacidades genuinas, incluso de principios correctos, pero que se desarrollan fuera de la obediencia o simplemente ignorando a Dios. El problema no es la capacidad que podemos tener; es la desconexión del Dador de toda capacidad. Cuando las virtudes se independizan del carácter, se vuelven peligrosas, y lamentablemente los negocios suelen ser desvinculados del Reino.

Uno de los mayores errores espirituales es asumir que el resultado valida el camino. “Si el emprendimiento generó

resultados, entonces Dios estaba en el asunto”. Esta lógica es profundamente antibíblica. Dios permite muchas cosas sin aprobarlas. A veces permite avances para revelar el estado del corazón. Otras veces permite éxito para probar la fidelidad. El creyente sabio no interpreta automáticamente el éxito como señal de obediencia.

El engaño del éxito sin obediencia suele comenzar con pequeñas concesiones. Ajustes mínimos, decisiones pragmáticas, silencios convenientes. Nada parece grave. Todo parece razonable. Pero cada concesión debilita la sensibilidad espiritual. La voz de Dios se vuelve menos clara, no porque Él deje de hablar, sino porque el corazón deja de escuchar.

En este punto, el creyente corre el riesgo de apoyarse más en sus estados financieros que en su comunión con Dios. Los emprendimientos siguen funcionando. La capacidad sigue dando resultados. El reconocimiento continúa. Pero el carácter comienza a erosionarse. La obediencia deja de ser prioridad y se convierte en obstáculo. El creyente ya no pregunta “¿es la voluntad de Dios?”, sino “¿afectará esto lo que hemos construido?”.

La Biblia muestra ejemplos claros de personas que lograron resultados visibles sin obediencia plena. Personas que prosperaron grandemente, comerciantes, empresarios hábiles, pero que terminaron fuera del diseño de Dios. No porque Dios fuera infiel, sino porque ellos sustituyeron la

obediencia por el éxito. El final de estas historias no es para condenar, sino para advertir.

El éxito sin obediencia produce una espiritualidad peligrosa: activa, visible, influyente, pero desconectada del corazón de Dios. Es una espiritualidad que habla de Dios, pero no camina con Él. Que usa Su nombre, pero no honra Su voz. Que produce frutos visibles, pero carece de raíz profunda.

Otro síntoma de este engaño es la dificultad para recibir corrección. El éxito crea una coraza. El creyente comienza a pensar que, si todo funciona, no hay nada que corregir. Las advertencias son minimizadas. Las voces proféticas son descartadas. El consejo se percibe como amenaza. En ese punto, el éxito deja de ser bendición y se convierte en blindaje contra la verdad.

La obediencia, en cambio, siempre mantiene al creyente enseñable. Aun cuando hay crecimiento, aun cuando hay prosperidad financiera, el corazón obediente permanece sensible. No confía en su trayectoria, sino en la gracia de Dios. No se apoya en su historia, sino en la voz presente del Espíritu.

Este capítulo no pretende generar temor al éxito en el mercado, sino discernimiento espiritual. Dios no llama a sus hijos a huir del crecimiento, sino a permanecer obedientes en medio de él. El peligro no está en avanzar, sino en hacerlo sin escuchar. No está en lograr resultados, sino en permitir que

los resultados sustituyan la obediencia. En otras palabras, el éxito puede simular aprobación cuando falta obediencia.

Una de las verdades más serias, y a la vez más misericordiosas, del Reino es que Dios nunca sacrifica el carácter en favor del resultado. El sistema puede hacerlo, y de hecho lo hace constantemente. Pero Dios no. Para Él, el camino es tan importante como la meta, y muchas veces más. Por eso, cuando el éxito avanza más rápido que la obediencia, Dios no se alegra del resultado; se preocupa por el corazón.

Aquí es donde se vuelve imprescindible distinguir el éxito en el mercado y el estado espiritual. Las capacidades son dadas por gracia, luego pueden desarrollarse, pero todas vienen de Dios. En cambio, el carácter y la condición espiritual, se forman en el proceso de obediencia y comunión espiritual. Por eso es posible que una persona tenga un gran éxito en el mercado y, al mismo tiempo, esté desalineada en su caminar espiritual. Esta realidad no invalida el éxito, pero sí expone un riesgo profundo.

El problema aparece cuando el creyente confunde la prosperidad con la aprobación de Dios. “Si Dios me prospera debe ser porque estoy bien”. Esta suposición es peligrosa. Dios puede permitir que nuestro emprendimiento tenga éxito, aun cuando estemos necesitando corrección. La prosperidad no debe afectar nuestra obediencia, por el contrario, la debe hacer más necesaria.

Cuando el éxito se vuelve criterio espiritual, el creyente comienza a justificar lo injustificable. Actitudes que antes confrontaban ahora se toleran. Decisiones que antes requerían oración ahora se toman por experiencia. El corazón se endurece lentamente, no por rebeldía abierta, sino por autoconfianza. Este es uno de los engaños más sutiles: creer que el éxito en el mercado garantiza alineación presente.

La obediencia, en cambio, siempre nos trae al presente. Nos obliga a escuchar hoy, no a vivir de lo que Dios hizo tiempo atrás. Los hijos de Dios que son obedientes no se apoyan en su historia con Dios, sino en su comunión actual con Él. Saben que cada etapa requiere una escucha fresca, una rendición renovada y una dependencia constante.

Volver al diseño de Dios cuando se ha avanzado fuera de él no es señal de fracaso, sino de madurez. Dios no desprecia al que se detiene para corregir. Al contrario, honra al que se humilla. Muchas veces, la verdadera obediencia no consiste en avanzar más, sino en retroceder lo necesario para realinear el corazón.

Este proceso suele implicar decisiones difíciles: redefinir metas, ajustar ritmos, renunciar a ciertas expresiones de éxito, aceptar límites. El sistema ve estas decisiones como pérdida. El Reino las ve como preservación. Mejor detenerse a tiempo que seguir avanzando hacia un lugar donde Dios ya no está guiando.

Otro aspecto clave es comprender que la obediencia siempre protege al creyente, aunque momentáneamente parezca costosa. El éxito sin obediencia puede producir aplausos, pero deja al alma expuesta. La obediencia, en cambio, puede traer incomprensión, pero guarda el corazón. Y el corazón es más valioso que cualquier plataforma.

Dios no busca siervos impresionantes, sino hijos obedientes. No busca proyectos exitosos desconectados de su voz, sino vidas rendidas que reflejen su carácter. El Reino no se edifica sobre resultados espectaculares, sino sobre fidelidad sostenida. Lo espectacular puede atraer miradas; la fidelidad sostiene generaciones.

Cuando la obediencia vuelve a ocupar su lugar central, algo se ordena interiormente. La presión disminuye. El temor al fracaso pierde fuerza. La necesidad de aprobación se debilita. El creyente vuelve a caminar ligero, porque ya no carga con la exigencia de sostener una imagen de éxito. Camina para agradar a Dios, no para mantener un resultado.

Este reordenamiento también redefine la manera de medir el futuro. El creyente comienza a valorar más la paz que la prosperidad, más la comunión que el crecimiento económico, más la obediencia que la expansión en el mercado. No porque desprecie el avance, sino porque entiende que el avance sin Dios no es progreso, sino desvío.

El llamado final de este capítulo es claro y amoroso: ningún éxito vale el precio de la desobediencia. Ningún

resultado compensa la pérdida de sensibilidad espiritual. Ninguna plataforma sustituye la voz de Dios. El Reino no se construye con atajos, sino con pasos obedientes. El mercado es un desafío peligroso, esto no implica eludirlo, sino más bien conquistarlo con temor de Dios y reverencia a Su señorío.

Dios sigue llamando a emprendedores del Reino, pero no a cualquier precio. Los llama a crear, a avanzar, a influir... obedeciendo. Porque solo la obediencia sostiene lo que Dios bendice, y solo lo que nace de la obediencia permanece delante de Él.

“Acuérdate del Señor tu Dios. Él es quien te da las fuerzas para obtener riquezas, a fin de cumplir el pacto que les confirmó a tus antepasados mediante un juramento.”

Deuteronomio 8:18 NTV



Capítulo doce

Emprendedores de Reino Hasta la venida del Rey

“Vengo pronto. Aférrate a lo que tienes, para que nadie te quite la corona.”

Apocalipsis 3:11

El llamado del Reino no se suspende con el paso del tiempo ni se debilita ante la espera. Al contrario, se profundiza. Vivir con la mirada puesta en la venida del Señor no es una invitación a la pasividad, sino a una fidelidad más consciente. La esperanza escatológica no fue diseñada para desconectar al creyente de la tierra, sino para ordenarlo correctamente en ella. Quien vive esperando al Rey aprende a administrar mejor lo que el Rey le confió.

Uno de los grandes errores espirituales ha sido contraponer la expectativa eterna con la responsabilidad presente. Como si pensar en el regreso de Cristo implicara desentenderse del trabajo, de la creación, del emprendimiento y de la transformación del entorno. Sin embargo, Jesús nunca enseñó una espiritualidad evasiva. Por

el contrario, exhortó a sus discípulos a ocuparse hasta que Él volviera. No a distraerse, no a esconderse, no a sobrevivir, sino a ocuparse.

Ocuparse implica asumir responsabilidades no solo en las actividades de culto, sino de todo lo que hagamos en la vida. Implica administrar talentos, oportunidades, recursos y tiempo con la conciencia de que habrá rendición de cuentas. El Reino no se vive desde la urgencia desesperada ni desde la indiferencia pasiva, sino desde la mayordomía fiel. El creyente que espera al Señor no vive corriendo, pero tampoco dormido. Vive despierto, sobrio y comprometido.

Ser emprendedor de Reino hasta la venida del Señor significa trabajar sin absolutizar el trabajo, crear sin idolatrar la creación y avanzar sin perder la perspectiva eterna. Significa comprender que todo proyecto es temporal, pero que cada acto de obediencia tiene peso eterno. El creyente no construye para su propia gloria, sino para honrar al Rey mientras Él programa Su venida.

Esta conciencia transforma profundamente la manera de emprender. El éxito financiero deja de ser una obsesión y se convierte en una herramienta. El fracaso deja de ser una condena y se transforma en aprendizaje. El resultado deja de definir la identidad. El creyente sabe que su valor no está en lo que logra en el mercado, sino en Aquel a quien pertenece su vida de manera integral.

Jesús enseñó que el Reino se parece a siervos que recibieron talentos mientras su señor se ausentaba. No todos recibieron lo mismo, pero todos recibieron algo. El problema no fue la cantidad, sino la respuesta. Uno negoció fielmente, otro también, y uno escondió por miedo. El Reino no confronta la falta de resultados, sino la falta de fidelidad.

El emprendedor del Reino no se compara con otros, porque sabe que su asignación es única. No compite, administra. No envidia, aprende. No se paraliza por lo que no tiene, sino que trabaja con lo que recibió. Esta actitud libera al corazón de la presión y le devuelve la alegría del servicio.

Vivir hasta la venida del Señor también implica no distraerse del Reino en medio del progreso. El crecimiento, cuando no es vigilado, puede desviar el corazón. La visibilidad puede robar la intimidad. El reconocimiento puede reemplazar la aprobación divina y la prosperidad puede desviar el corazón. Por eso, el creyente necesita recordar constantemente para quién trabaja y ante quién rendirá cuentas.

El progreso no es enemigo del Reino; la distracción sí. El peligro no está en avanzar, sino en olvidar. Olvidar que todo es gracia. Olvidar que todo es prestado. Olvidar que todo es pasajero. El emprendedor del Reino vive creando, planificando y desarrollando, pero con el corazón anclado en lo eterno.

Esta mirada eterna también protege del agotamiento. Cuando el creyente entiende que no tiene que salvar el mundo ni sostener el Reino sobre sus hombros, puede trabajar con descanso interior. Hace lo que le corresponde y deja en manos de Dios lo que no controla. Esta confianza no produce irresponsabilidad, sino paz.

Ser fiel hasta la venida del Señor implica perseverancia. No todos los tiempos serán favorables. No todas las etapas serán fructíferas a los ojos humanos. Habrá temporadas de anonimato, de siembra silenciosa, de obediencia sin aplauso. Pero ninguna de esas etapas es inútil. El Reino se construye muchas veces en lo invisible antes de manifestarse en lo visible.

El creyente que vive con esta conciencia no se desespera por resultados inmediatos. Sabe que Dios trabaja en procesos. Sabe que la fidelidad sostenida tiene recompensa. Sabe que nada hecho en el Señor es en vano. Esta convicción le permite seguir avanzando aun cuando no ve frutos inmediatos.

Emprender hasta la venida del Señor no se trata solo de iniciar proyectos o sostener obras visibles en el mercado, sino de dejar huellas. Las empresas pueden cerrar, los emprendimientos pueden transformarse, los logros pueden quedar atrás, pero las huellas espirituales permanecen. Una vida bien administrada delante de Dios deja marcas en las personas, en las generaciones y en la eternidad.

El Reino no nos llama únicamente a producir, sino a formar. Formar carácter, formar conciencia, formar cultura. El creyente que vive con perspectiva eterna entiende que su mayor legado no será lo que construyó con sus manos, sino lo que sembró en los corazones. Las palabras dichas a tiempo, las decisiones tomadas con integridad, la fidelidad sostenida en lo oculto, todo eso deja huella.

En un mundo obsesionado con resultados inmediatos, el Reino nos invita a pensar en generaciones. A sembrar donde quizás no veremos cosecha. A invertir en personas sin esperar retribución. A construir con paciencia. Esta visión no es romántica; es profundamente bíblica. Muchos de los hombres y mujeres de fe no vieron el cumplimiento pleno de lo que creyeron, pero caminaron fieles porque sabían que Dios cumple su palabra más allá de una vida.

Dejar huellas en el mercado implica también aceptar que no todo lo que hacemos será recordado, pero todo lo que hacemos en obediencia es registrado en el cielo. Esta verdad libera al creyente de la necesidad de reconocimiento. No necesita aplausos para perseverar. No necesita visibilidad para sentirse útil. Vive sabiendo que el Padre ve en lo secreto y que todo lo que hagamos en Él es trascendente.

El emprendedor del Reino entiende que su fe debe ser visible en el mercado, pero sin perder su fidelidad al Rey. No busca diluir el mensaje para ser aceptado ni endurecerlo para imponerse. Vive con coherencia. Su presencia en el mercado, en la cultura, en el trabajo y en la comunidad es una presencia

que refleja valores del Reino sin necesidad de propaganda religiosa.

Esta Iglesia visible no es una Iglesia arrogante, ni una Iglesia escondida. Es una Iglesia encarnada. Presente. Responsable. Fiel. Una Iglesia que ora, pero también trabaja. Que adora, pero también crea. Que espera al Señor, pero no se desentiende del mundo. Que vive con los pies en la tierra y el corazón en el cielo.

La fidelidad hasta la venida del Señor también implica aprender a cerrar ciclos. No todo lo que Dios inició está destinado a durar para siempre en su forma original. Algunas obras cumplen su propósito y deben transformarse o concluir. El creyente maduro no se aferra a lo que Dios ya dio por terminado. Discierne los tiempos y camina con Él aun cuando eso implique soltar.

Soltar no es fracasar; es obedecer. Muchas veces, la fidelidad no consiste en sostener, sino en rendir. El emprendedor del Reino aprende a decir: “Señor, esto fue tuyo desde el inicio, y sigue siendo tuyo ahora”. Esta postura guarda el corazón de la amargura y preserva la paz.

Vivir hasta la venida del Señor también implica mantenerse sobrios espiritualmente. No dejarse embriagar por el éxito ni paralizar por el miedo. No perder la sensibilidad en medio del crecimiento ni endurecerse en medio de la crisis. Permanecer atentos, despiertos, con el oído inclinado a la voz de Dios.

La esperanza escatológica no debilita el compromiso presente; lo purifica. Saber que Cristo volverá nos libera de absolutizar cualquier sistema humano. Ningún mercado es definitivo. Ningún imperio es eterno. Ninguna estructura tiene la última palabra. El Reino de Dios sí. Esta certeza nos permite trabajar con libertad y desapego.

El llamado final de este libro no es a hacer más, sino a ser fieles. Tal vez algunos hermanos esperaban que este libro les otorgara estrategias financieras, pero ese no es el problema, las estrategias vienen solas cuando sabemos sostener una buena comunión con el Señor. Esa debe ser nuestra prioridad en todo tiempo y eso es lo que deseo dejar bien en claro.

No es a construir más grande, sino a construir bien. No es a correr más rápido, sino a caminar en obediencia. Dios no nos pedirá cuentas por lo que no nos confió, pero sí por cómo administramos lo que puso en nuestras manos. El mercado es un desafío pendiente, durante muchos años lo hemos postergado. Los hijos de Dios debemos ser sabios, atrevidos y astutos, pero por sobre todas las cosas, temerosos de Dios, entonces no fallaremos.

Ser emprendedores de Reino hasta la venida del Señor es vivir cada día con esta conciencia: hoy trabajo, hoy creo, hoy administro, hoy sirvo... como quien espera al Rey. No con miedo, sino con temor reverente, con esperanza y con determinación. No con ansiedad, sino con propósito. No para

edificar nuestro nombre, sino para honrar el nombre del Señor.

Que el Rey de gloria encuentre a Su Iglesia ocupada, fiel, sobria y llena de fe. No solo enfocada en liturgias de culto, ni distraída por los desafíos del mercado, no dormida espiritualmente, no esclavizada por el sistema, sino libre para amar, crear, bendecir y gobernar con humildad. Que nos encuentre con las manos ocupadas y el corazón rendido al Señor.

Porque al final, no seremos medidos por nuestro éxito en el mercado, sino por la fidelidad con la que caminamos en medio de él. Y no habrá mayor recompensa que escuchar de labios del Rey que hemos sido aprobados.

“¿Miren que vengo pronto! Traigo conmigo mi recompensa y le pagaré a cada uno según lo que haya hecho.”

Apocalipsis 22:12



EPÍLOGO

El Reino de Dios no está en pausa. No se detuvo mientras la historia avanza, ni quedó suspendido mientras la Iglesia espera. El Reino sigue moviéndose, creciendo y manifestándose en medio del tiempo, aun cuando el Rey todavía no ha sido visto cara a cara. Esperar al Rey no significa detenerse; significa vivir con conciencia eterna en medio de la historia, incluso en el mercado.

La espera cristiana nunca fue pasiva. Nunca fue evasiva. Nunca fue resignación. La esperanza bíblica no es un refugio para escapar del mundo, sino una luz que ordena la manera de vivir en él. Quien espera al Rey aprende a vivir con mayor responsabilidad, no con menor compromiso. Porque sabe que cada decisión, cada obra y cada acto de obediencia será presentado delante de Él.

Mientras esperamos, el Reino avanza en todo tiempo y lugar. Avanza cuando un creyente trabaja con integridad en un sistema torcido. Avanza cuando una decisión justa es tomada aunque cueste. Avanza cuando alguien se niega a idolatrar el éxito y elige obedecer. Avanza cuando un emprendimiento sirve a las personas y no se sirve de ellas. Avanza cuando la fe se traduce en acción concreta, silenciosa y fiel en el culto y en el mercado.

El Reino no avanza solo desde los altares visibles, sino desde los escritorios, los talleres, los campos, los

mostradores, las empresas, los hogares y los lugares donde nadie aplaude. Avanza en lo oculto, en lo cotidiano, en lo aparentemente pequeño. Allí donde un hijo de Dios decide honrar al Padre sin testigos, el Reino se establece con poder.

Esperar al Rey también implica vivir con sobriedad. No dejarnos embriagar por el progreso financiero ni paralizar por la crisis. No perder la sensibilidad espiritual en medio de la actividad ni endurecer el corazón en medio de la presión. Permanecer despiertos, atentos, con el oído inclinado a la voz del Espíritu, discerniendo los tiempos sin temor.

La historia humana no se dirige al caos, sino al cumplimiento. El mundo puede parecer desordenado, los sistemas inestables y las estructuras frágiles, pero el trono no está en crisis. Dios sigue gobernando. Cristo sigue siendo Señor. Y el Reino que Él inauguró no retrocede: se manifiesta de maneras que a veces no entendemos, pero nunca pierde dirección.

Este libro no fue escrito para formar empresarios exitosos según los parámetros del mundo, sino discípulos fieles en medio del mercado. No para exaltar el emprendimiento, sino para redimirlo. No para glorificar el trabajo, sino para consagrarlo. No para preparar a la Iglesia para huir del sistema, ni para someterse a él, sino para vivir en él con discernimiento y autoridad espiritual.

La pregunta final no será cuánto logramos, sino cómo obedecemos. No cuánto acumulamos, sino a quién servimos.

No cuán grande fue nuestra obra, sino cuán rendido estuvo nuestro corazón. El Reino no se mide en balances, sino en fidelidad.

Cristo viene. Y mientras viene, nos encuentra trabajando, creando, administrando, sembrando, sirviendo. No distraídos. No dormidos. No esclavizados por el sistema. Sino fieles. Con las manos ocupadas y el corazón rendido. Con los pies en la tierra y la mirada en el cielo.

Ruego que, cuando el Rey regrese, encuentre una Iglesia viva en la sociedad, íntegra en el mercado, firme en la verdad y llena de esperanza. Una Iglesia capaz de dar testimonio en todo lugar, con fidelidad y con verdadera integridad. Una Iglesia capaz de adorar en el culto y adorar en el mercado, una Iglesia con penetración y mentalidad de Reino.

“Y ahora, queridos hijos, permanezcan en él para que, cuando se manifieste, podamos presentarnos ante él confiadamente, seguros de no ser avergonzados en su venida.”

1 Juan 2:28



Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com) y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Doctor y maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

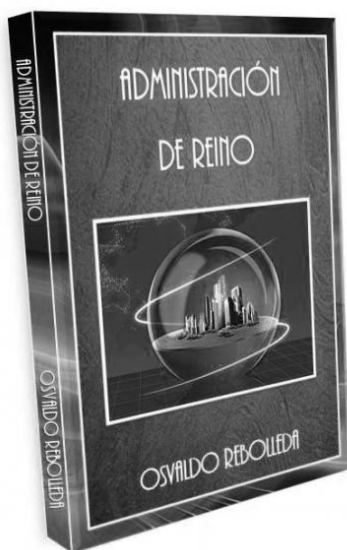
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

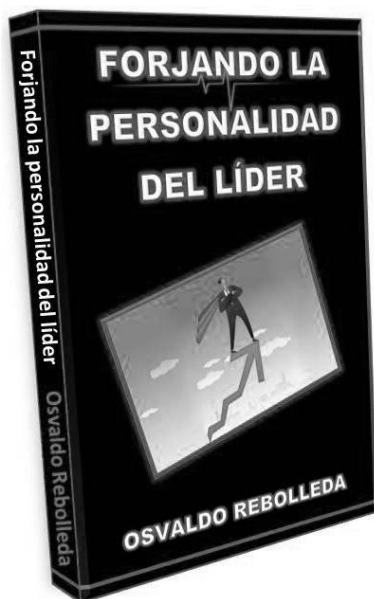
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

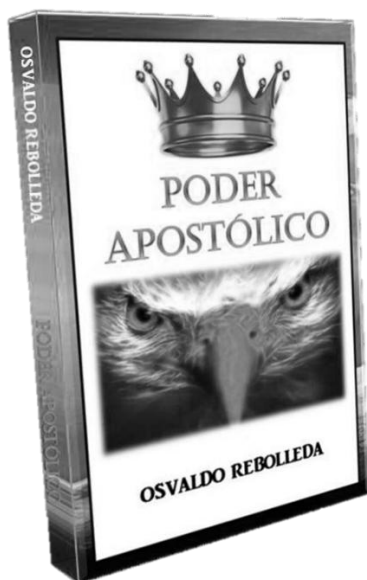
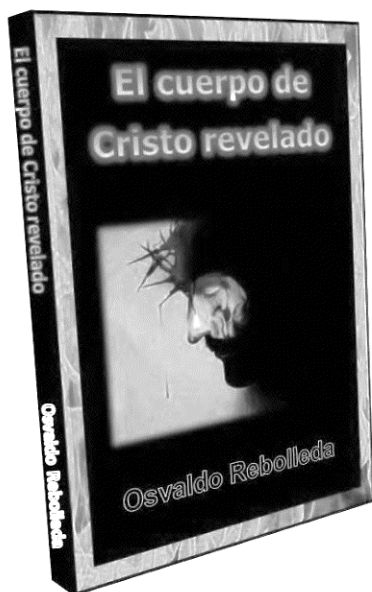
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

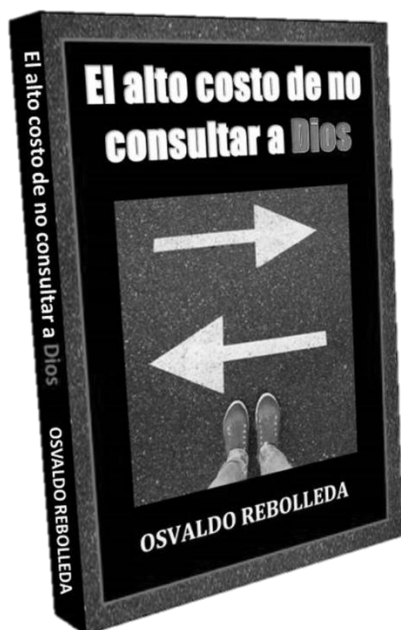


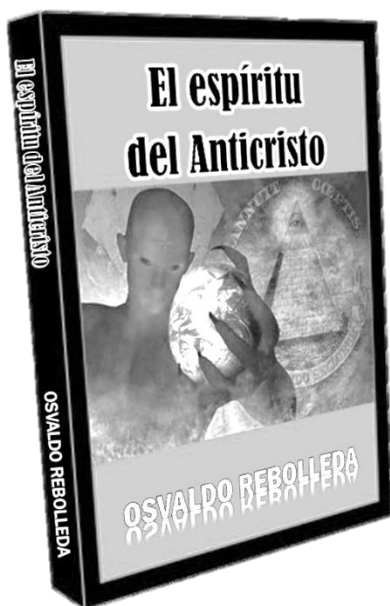
www.osvaldorebolleda.com



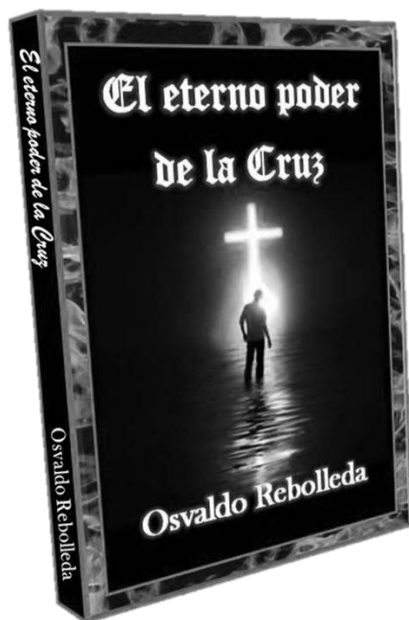
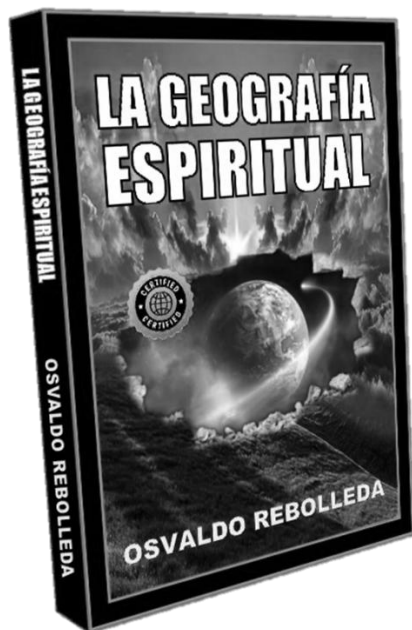


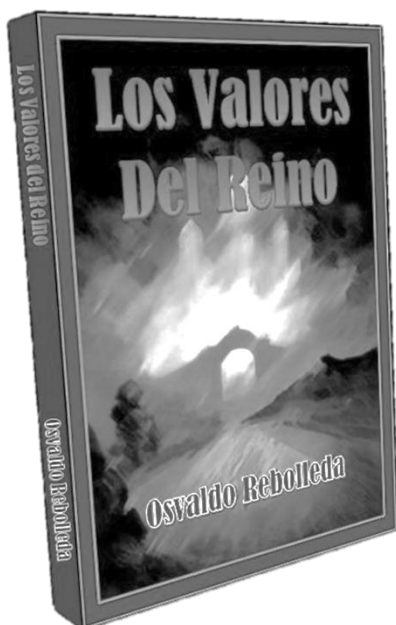
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

